



LA ILUSTRACIÓN
ESPAÑOLA Y
AMERICANA
ALMANAQUE 1914

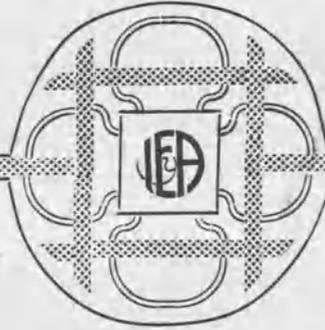
A. Mateos

40 €

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA

REVISTA DE BELLAS ARTES,
LITERATURA Y ACTUALIDADES

:: SE PUBLICA LOS DÍAS ::
8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES



AÑO LVIII

AÑO LVIII

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año. 35 pesetas.
Seis meses. 18 »
Tres meses. 10 »

PROVINCIAS

Un año. 40 pesetas.
Seis meses. 21 »
Tres meses. 11 »

En PORTUGAL rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año. 50 francos.
Seis meses. 26 »
Tres meses. 14 »

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año. 60 francos.
Seis meses. 35 »

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, quedan autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

EN los días 8, 15, 22 y 30 de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etcétera. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

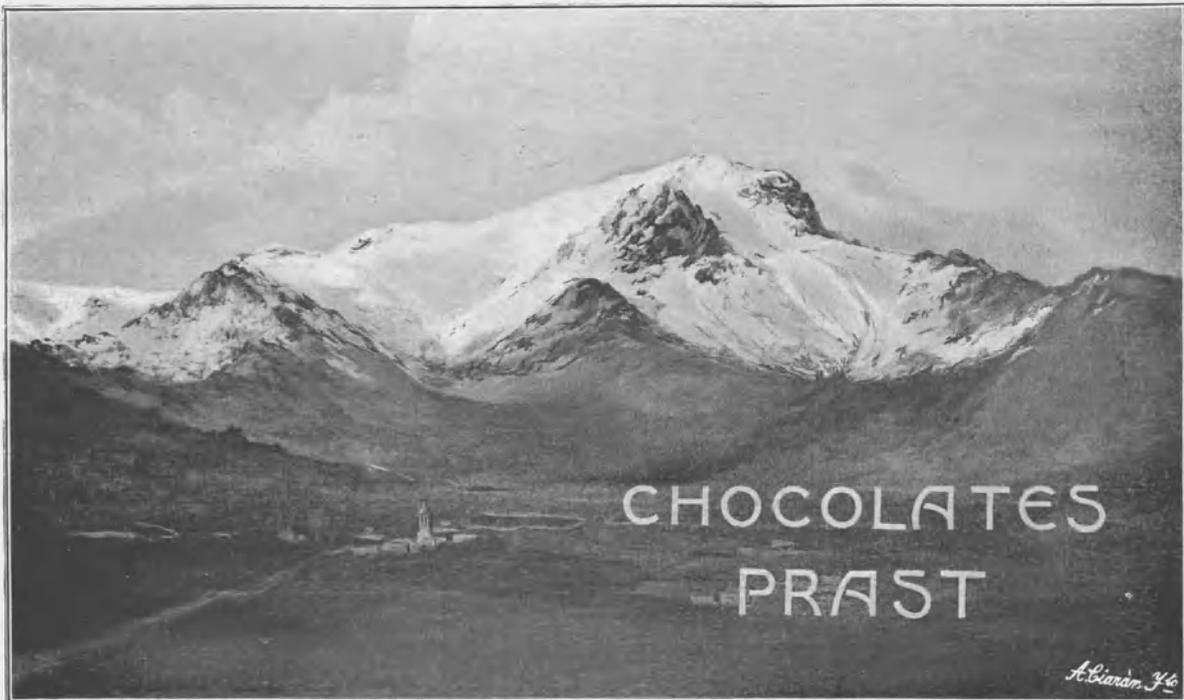
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

A decorative border at the top of the page features various symbols of science, art, and industry. On the left, there are plants and a classical bust. In the center, a globe is surrounded by a telescope, a microscope, and other scientific instruments. On the right, there are architectural elements like a cathedral and a classical column.

DESENCANTO

Escultura de Miguel Blay.

Carlos Prast y H^{nos}



MAZAPANES, TURRONES,

CONSERVAS DE FRUTAS,

BOMBONES, CARAMELOS,

VINOS VIEJOS,

CESTAS SURTIDAS

PARA REGALOS,

PORCELANAS Y BRONCES

Arenal, 8, Madrid.

TELÉFONO 283.

Arenal, 8, Madrid.

TELÉFONO 283.



ABANICOS, SOMBRILLAS,
PARAGUAS
y BASTONES

Julián González Frayle

Sucesor de SERRA



ESPECIALIDAD EN
ABANICOS ARTÍSTICOS ANTIGUOS Y MODERNOS

ARENAL, 22 DUPLICADO.-MADRID

Joyería. R. PÉREZ MOLINA *Platería.*

Variedad en alhajas del mejor gusto artístico. Objetos de plata para regalos.



Casa especial en medallas religiosas de plata, oro y platino, enriquecidas con fina pedrería.

Especialidad en medallas-escapulario de oro y plata, cálices y copones.

Crucifijos é imágenes para Oratorios.

Esta Casa recuerda á su distinguida y numerosa clientela, que se ha trasladado á la acera de enfrente de la misma calle,

Carrera de San Jerónimo, 29.-Madrid.

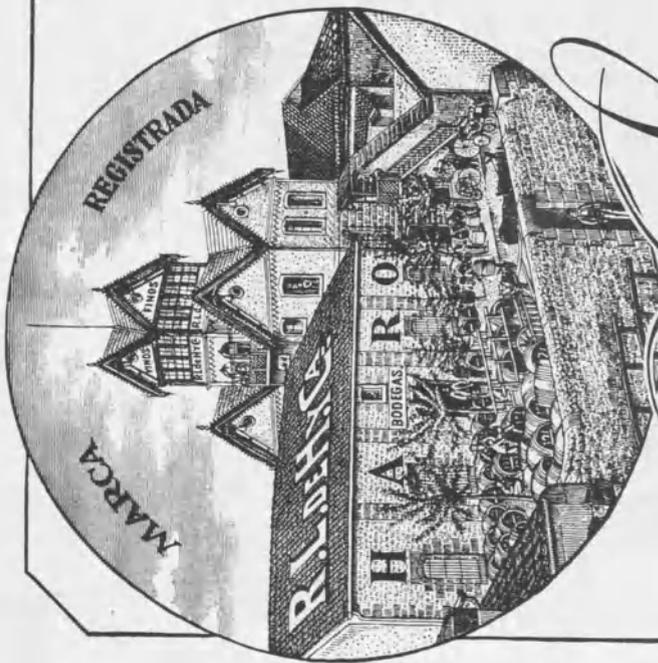
Perfumeria Inglesa.

La mejor surtida en productos extranjeros garantizados.



3. Carrera de San Jerónimo, 3.-Madrid.

VINOS FINOS



de
Familia y
HARO-RIOLA

Domicilio Comercial y Depósito Central

MADRID.

R. Lopez

PIDANSE EN TODAS PARTES

ALMANAQUE DE
LA ILUSTRACIÓN
ESPAÑOLA Y AMERICANA

PARA EL AÑO 1914

AÑO XLI



LA MANAQUE

DE

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA

PARA

DIRIGIDO Y COMPUESTO
POR

D. ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Acebal (D. Francisco), Alvarez Quintero (D. Serafín y D. Joaquín).

Blanco-Belmonte (D. M. R.).

Cánovas y Vallejo (D. José), Casero (D. Antonio), Cavestany (D. Juan Antonio), Clarán (D. Alfonso), Cuenca (D. Carlos Luis de).

Díez de Tejada (D. Vicente).

Espi (D. Manuel).

Félez (D. Mariano), Francés (D. José).

García (D. M. J.), Gil (D. Rodolfo).

Íñigo (D. Carlos).

Jackson Veyán (D. José), *Jean*.

Lacoste (D. J.), Larrubiera (D. Alejandro).

Manero (Fr. E.), Miranda (D. Carlos), Moreno (D. Mariano).

Pardo Bazán (Condesa de), Pedrero (D. Mariano), Pérez (D. Alonso), Pérez Zúñiga (don Juan), Puente (D. J. G. de la).

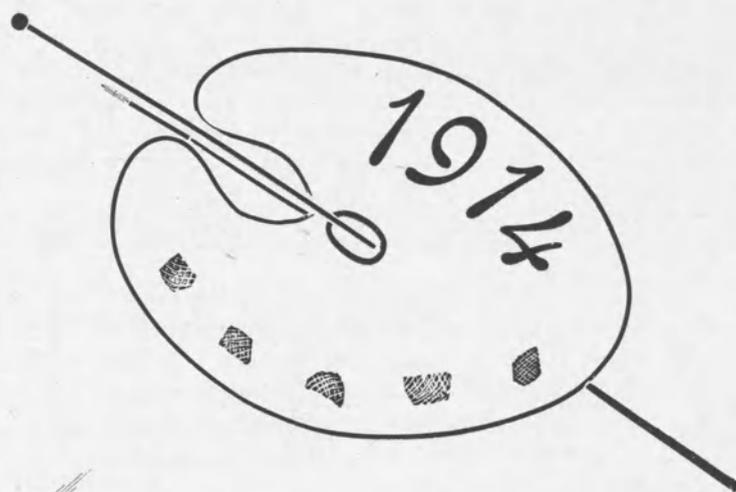
Répide (D. Pedro de), Rivero (D. Ricardo del).

Sánchez Gerona (D. José).

Ugarte (D. Javier).

Vázquez (D. Carlos), Vera (D. Vicente), Villena (D. Manuel).

Zamacois (D. Eduardo).



MADRID, 1913.—Est. Tipográfico

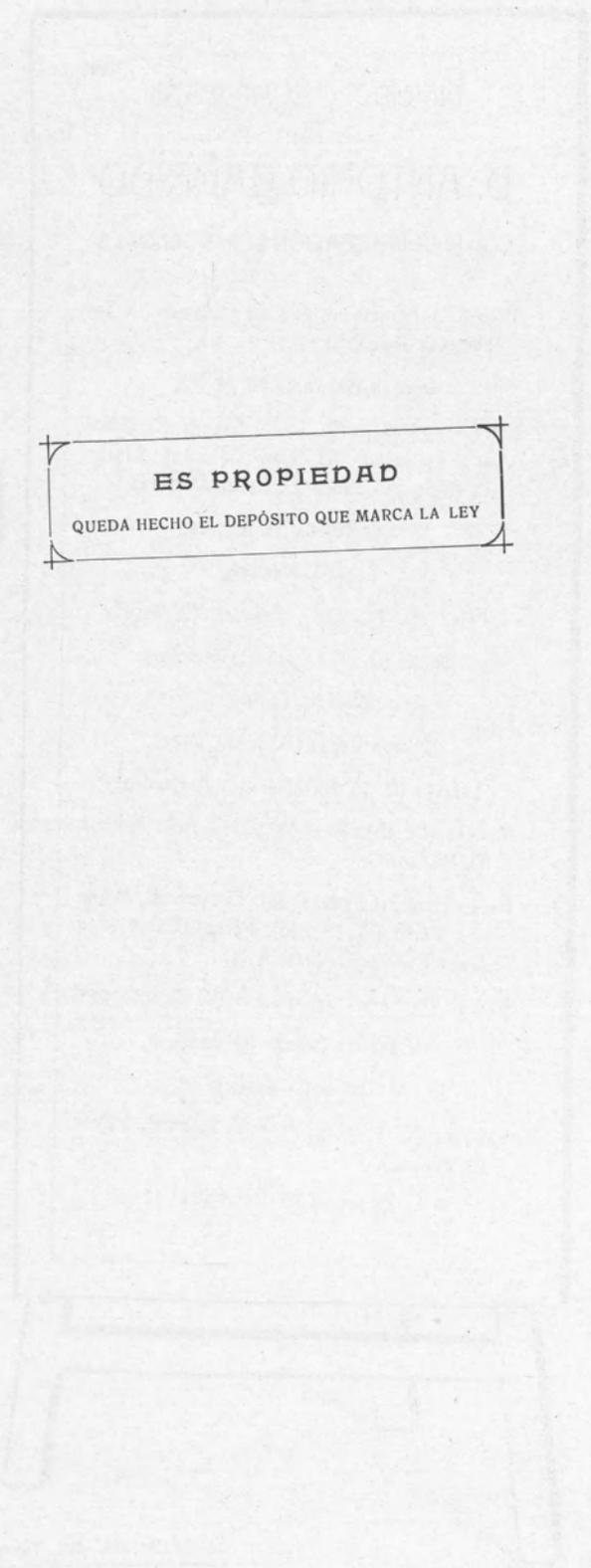
"Sucesores de Rivadeneyra".

LA REVISTA DE

LA ILUSTRACION

ESPAÑOLA Y AMERICANA

PARA



ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY



ÍNDICE GENERAL



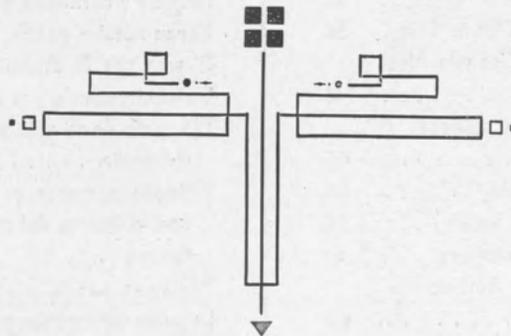
TEXTO

Páginas.	□□	Páginas.
Año religioso, por D. M. J. G.		Acuarium carnavalesco, poesía, por D. Juan Pérez
Anuncios astronómicos, por D. Manuel Villena. . .		Zúñiga
Santoral		La senda, por D. Pedro de Répide.
¡Vida nueva!, poesía, por D. José Jackson Veyán . .		De prisa y corriendo, por D. Carlos Luis de Cuenca.
Agonía y muerte de la Tierra, por D. Vicente Vera .		El pan nuestro, poesía, por D. Carlos Miranda. . . .
Abánicos, poesía, por D. Serafín y D. Joaquín Álva-		El ama, por D. Francisco Acebal.
rez Quintero		Tormenta, poesía, por D. Antonio Casero.
La penúltima voluntad, por D. José Cánovas y		El orgullo de mi vida, poesía, por D. M. R. Blanco-
Vallejo		Belmonte.
Pacita no se casa, por D. José Francés.		Artimaña gitanesca y el avisado consejo, ó dar
Eterna ley, por La Condesa de Pardo Bazán		con la horma del zapato, por D. José Sánchez
El sueño de Nico, por D. Alejandro Larrubiera. . . .		Gerona.
La cuna vacía, poesía, por D. Juan Antonio Ca-		Primavera, poesía, por D. Javier Ugarte.
vestany.		La punta del cuchillo, por D. Vicente Díez de Tejada.
Intimidades teatrales, por D. Eduardo Zamacois. .		Mirtos, poesía, por D. Rodolfo Gil.
	▼	

GRABADOS

Páginas.	□□	Páginas.
Alegoría, por <i>Jean</i>		Primeras confidencias, fotografía.
Santoral.—Cuadros y retratos de Juan Bautista		Primavera, cuadro de Zaska.
Maíno, <i>El Greco</i> , Zurbarán, Velázquez, Bayeu,		Segovia: La Montañilla, por Mariano Pedrero. . . .
Claudio Coello, Juan de Juanes, Goya, Alonso		El corazón es siempre joven, cuadro de Perfoglia. .
Cano, Murillo, Valdés, Leal y Ribera; ilustracio-		Coloquio amoroso y La comba, cuadros de Emilio
nes, por José Sánchez Gerona		Sala
El amanecer, por Mariano Félez.		No hay rosa sin espinas, cuadro de Carlos Váz-
Disidentes, cuadro de A. Weczercict.		quez
El día, por Mariano Félez.		El anochecer, por Mariano Félez.
	▼	

<u>Páginas.</u>	□□ □□	<u>Páginas.</u>
Ilustraciones de "La senda", por Espí.	↓	Torrijos: Patio de casa antigua, por M. Pedrero. . .
73 y 75		92
Ávila: La fuente del Pradillo, por M. Pedrero		Ilustraciones de "Artimaña gitanesca y el avisado
76		consejo, ó dar con la horma del zapato", por
Paisaje nevado, fotografía de J. G. de la Puente. . .		J. Sánchez Gerona
79		93 y 95
En el Directorio, cuadro de Alonso Pérez		Ilustración de "Primavera", por M. Pedrero.
80		96
El Ebro en Reinos, fotografía, por J. G. de la Puente		Galantería y discreción, cuadro de Alonso Pérez. .
81		97
Ilustraciones de "El pan nuestro", por Pedrero. . . .		Paisaje montañoso, fotografía de J. G. de la Puente. .
82 y 83		98
La noche, por Mariano Félez.		En el baño, fotografía.
84		99
Ilustración de "Tormenta", por Pedrero.		Viñetas varias
89		55 y 83
Estudio de luz, fotografía de Carlos Íñigo.		
90		



PRELIMINARES

AÑO RELIGIOSO

CÓMPUTO ECLESIASTICO

Áureo número.	15	Indiccion romana.	XII
Epacta	III	Letra dominical.	D
Ciclo solar.	19	Letra del Martirologio romano.	C

DÍAS DE AYUNO

Todos los de *Cuaresma*, excepto los domingos.
 Los viernes y sábados de *Adviento*; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en viernes ó en sábado, se anticipa el ayuno al jueves inmediato.
 La vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, viernes y sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del apóstol *Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).

FIESTAS MOVIBLES

Dulcísimo Nombre de Jesús.	18 de Enero.
La Sacra Familia.	25 de Enero.
Septuagésima.	8 de Febrero.
Sexagésima.	15 de Febrero.
Quincuagésima.	22 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	25 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	12 de Abril.
El Patrocinio de San José.	3 de Mayo.
Letanias.	13, 19 y 20 de Mayo.
Ascensión del Señor.	21 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	31 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	7 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi.	11 de Junio.
Sacratísimo Corazón de Jesús.	19 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	21 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.	5 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	16 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	4 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	8 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	25.
Adviento (Primer domingo de).	29 de Novbre.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma*, ni aun los domingos.
 Debe renovarse la *bula* todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los domingos de Cuaresma y todos los viernes del año.*

VELACIONES

Se abren el 7 de Enero y el 21 de Abril, y se cierran, respectivamente, el 24 de Febrero y el 23 de Noviembre.

TÉMPORAS

I.—El 4, 6 y 7 de Marzo.	III.—El 16, 18 y 19 de Sepbre.
II.—El 3, 5 y 6 de junio.	IV.—El 16, 18 y 19 de Dicbre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA

El 8 de Febrero; el 3, 14, 15 y 22 de Marzo; el 3, 4 y 15 de Abril, y el 4 y 6 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva, correspondientes al año 1914.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID

LONGITUD.. 0^h 14^m 45^s,09 al O. de Greenwich.
 LATITUD... 40° 24' 29",7 N.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO

20 de Enero, <i>Acuario</i> .	23 de Julio, <i>Leo</i> .— <i>Cáncer</i> .
19 de Febrero, <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, <i>Taurus</i> .	24 de Octubre, <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, <i>Géminis</i> .	23 de Noviembre, <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 de Dic., <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 11 horas 11 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á las 6 horas y 55 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 21 horas 34 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 16 horas 23 minutos.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA

FEBRERO 24 y 25. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.
 El eclipse principia, en la Tierra, el día 24 á las 21^h y 45^m,8, tiem-

po medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 108° 8' al E. de Greenwich y latitud 62° 43' S.

El eclipse central principia, en la Tierra, el día 24 á las 23^h y 34^m,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 29° 58' al O. de Greenwich y latitud 77° 49' S.

El eclipse central termina, en la Tierra, el día 24 á las 24^h y 52^m,1, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 90° 49' al O. de Greenwich y latitud 42° 50' S.

El eclipse termina, en la Tierra, el día 25 á las 2^h y 40^m,4, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 125° 9' al O. de Greenwich y latitud 9° 37' S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la América del Sur, en el Océano Antártico y en gran parte del Océano Pacífico del Sur.

MARZO 12. *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.

El principio de este eclipse será visible en casi toda Europa, en África, en las dos Américas, en el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico y en parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y África, en las dos Américas, en el estrecho de Behring, en gran parte del Océano Pacífico, en casi todo el Atlántico y en parte de los Mares Polares.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 92° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 30° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,911; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

Las circunstancias principales de este eclipse, para Madrid, son las siguientes:

Principio del eclipse á las 2h y 42m. }
Medio del eclipse á las 4h y 13m. } Tiempo medio civil de Greenwich.
Fin del eclipse á las 5h y 44m. }

AGOSTO 21. *Eclipse total de Sol*, visible como parcial en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 10h y 12m,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 79° 30' al O. de Greenwich y latitud 53° 50' N.

El eclipse central principia, en la Tierra, á las 11h y 26m,1, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 120° 44' al O. de Greenwich y latitud 71° 21' N.

El eclipse central á mediodía sucede á las 11h y 55m,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte, se halla en la longitud de 2° 0' al E. de Greenwich y latitud 70° 43' N.

El eclipse central termina, en la Tierra, á las 13h y 42m,8, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 70° 36' al E. de Greenwich y latitud 23° 52' N.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 14h y 56m,8, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 47° 29' al E. de Greenwich y latitud 4° 3' N.

Este eclipse será visible en toda Europa, en parte de África y de la América Septentrional, en parte del Océano Atlántico é Índico y en casi todo el Mar Polar Ártico.

Las circunstancias principales de este eclipse, para Madrid, son las siguientes:

Principio del eclipse á las 11h 18m y 55s,1. }
Medio del eclipse á las 12h 22m y 33s,2. } Tiempo medio civil de Greenwich.
Fin del eclipse á las 13h 24m y 27s,9. . . . }

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,361; tomando como unidad el diámetro del Sol.

La primera impresión de la Luna en el disco solar, se verificará en un punto que dista 10° del vértice superior del Sol hacia la izquierda (visión directa).

SEPTIEMBRE 4. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.

El principio de este eclipse será visible en parte de Asia y de la América Septentrional, en la Australia, en todo el Océano Pacífico y en parte del Índico, en una pequeña parte del Mar Polar Ártico y en casi todo el Antártico.

El fin de este eclipse será visible en Asia, en la Australia, en todo el Océano Índico y en gran parte del Pacífico, en una pequeña parte del Mar Polar Ártico y en casi todo el Antártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 86° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 30° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,859; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

Las circunstancias principales de este eclipse, para Madrid, son las siguientes:

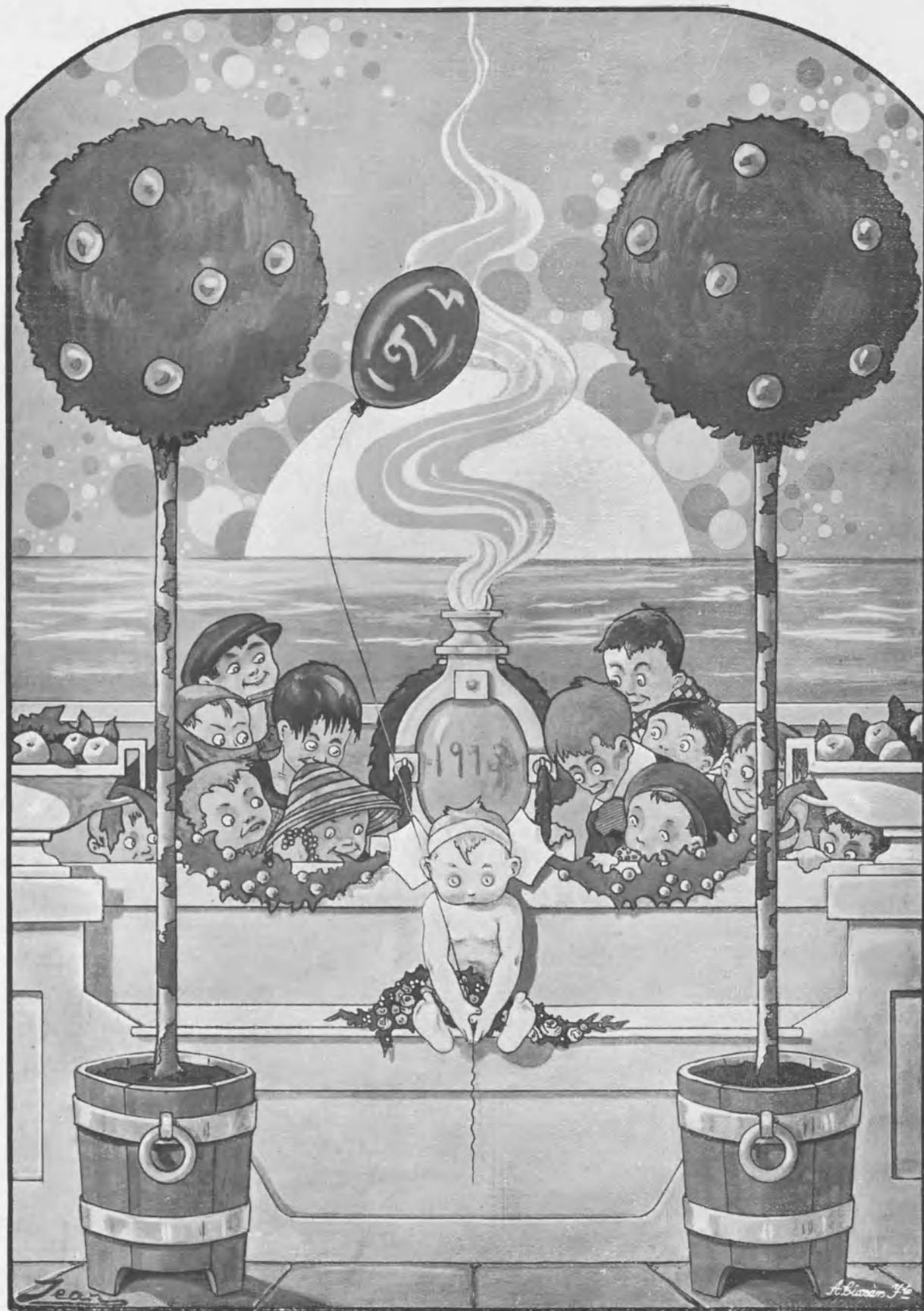
Principio del eclipse á las 12h y 17m,1. }
Medio del eclipse á las 13h y 55m,0. . . . } Tiempo medio civil de Greenwich.
Fin del eclipse á las 15h y 33m,0. . . . }



Horas á que se verifican las fases de la Luna, en Madrid, el año 1914.

ENERO.	Día 4.—13h 9m, en Aries.—Creciente.	JULIO.	Día 7.—14h 0m, en Capricornio.—Llena.
	12.—5h 9m, en Cáncer.—Llena.		15.—7h 32m, en Aries.—Menguante.
	18.—24h 30m, en Libra.—Menguante.		23.—2h 38m, en Leo.—Nueva.
	26.—6h 34m, en Acuario.—Nueva.		29.—23h 51m, en Escorpio.—Creciente.
FEBRERO.	Día 3.—10h 33m, en Tauro.—Creciente.	AGOSTO.	Día 5.—24h 41m, en Acuario.—Llena.
	10.—17h 35m, en Leo.—Llena.		13.—24h 56m, en Tauro.—Menguante.
	17.—9h 23m, en Escorpio.—Menguante.		21.—12h 27m, en Virgo.—Nueva.
MARZO.	24.—24h 2m, en Piscis.—Nueva.	SEPTIEMBRE.	28.—4h 53m, en Sagitario.—Creciente.
	Día 5.—5h 3m, en Géminis.—Creciente.		Día 4.—14h 1m, en Piscis.—Llena.
	12.—4h 19m, en Virgo.—Llena.		12.—17h 48m, en Géminis.—Menguante.
	18.—19h 40m, en Sagitario.—Menguante.		19.—21h 33m, en Libra.—Nueva.
ABRIL.	26.—18h 9m, en Aries.—Nueva.	OCTUBRE.	26.—12h 3m, en Capricornio.—Creciente.
	Día 3.—19h 42m, en Cáncer.—Creciente.		Día 4.—5h 59m, en Aries.—Llena.
	10.—13h 28m, en Libra.—Llena.		12.—9h 33m, en Cáncer.—Menguante.
	17.—7h 52m, en Capricornio.—Menguante.		19.—6h 34m, en Libra.—Nueva.
MAYO.	25.—11h 22m, en Tauro.—Nueva.	NOVIEMBRE.	25.—22h 44m, en Capricornio.—Creciente.
	Día 3.—6h 29m, en Leo.—Creciente.		Día 2.—23h 49m, en Tauro.—Llena.
	9.—21h 31m, en Escorpio.—Llena.		10.—23h 37m, en Leo.—Menguante.
	16.—22h 12m, en Acuario.—Menguante.		17.—16h 2m, en Escorpio.—Nueva.
JUNIO.	25.—2h 35m, en Géminis.—Nueva.	DICIEMBRE.	24.—13h 39m, en Piscis.—Creciente.
	Día 1.—14h 3m, en Virgo.—Creciente.		Día 2.—18h 21m, en Géminis.—Llena.
	8.—5h 18m, en Sagitario.—Llena.		10.—11h 32m, en Virgo.—Menguante.
	15.—14h 20m, en Piscis.—Menguante.		17.—2h 35m, en Sagitario.—Nueva.
	23.—15h 33m, en Cáncer.—Nueva.		24.—8h 25m, en Piscis.—Creciente.
	30.—19h 24m, en Libra.—Creciente.		

NOTA. Todos los anuelos se refieren á tiempo medio civil de Greenwich.





ENERO



1 **UEVES.** *Fiesta.* LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR; santos Fulgencio Ruspense, Basilio y Justino, obispos; santa Martina, virgen y mr., y santa Eufrosina, virgen.

2 **Vier.** La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; santos Isidoro, ob. y mr., y Macario, abad.

3 **Sáb.** San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de París.

4 **Dom.** San Tito, ob., y san Aquilino y compañeros, mrs.

5 **Lun.** San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.

6 **Mart.** *Fiesta.* LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES Melchor, Gaspar y Baltasar, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.

7 **Miérc.** San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort. — *Abrense las velaciones.*

8 **Juev.** Santos Luciano, presb.; Teófilo, Eladio y compañeros, mártires; Eugenio y Julián, mrs., y Severino, abad.

9 **Vier.** San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, virgen, y santos Marcelino y Pedro, obispos.

10 **Sáb.** San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.

11 **Dom.** San Higinio, papa y mr.; san Alejandro, ob., y san Anastasio, monje.

12 **Lun.** San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr., y san Martín, canónigo de León.

13 **Mart.** Santos Gumersindo, presb., y Siervo de Dios, mrs., y santos Leoncio y Agricio, obispos.

14 **Miérc.** San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, mr.



MAYNO



1 **UEVES.** San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.

16 **Vier.** San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.

17 **Sáb.** San Antonio, abad, y san Mariano, diácono.

18 **Dom.** El Dulcísimo Nombre de Jesús, la Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.

19 **Lun.** San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.

20 **Mart.** San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.

21 **Miérc.** San Fructuoso, ob.; san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.

22 **Juev.** San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.

23 **Vier.** San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mr., patrona de Teruel. — *Días de Su Majestad el Rey.*

24 **Sáb.** Nuestra Señora de la Paz y san Timoteo, ob. y mr.

25 **Dom.** La Sacra Familia, la Conversión de San Pablo, apóstol, y santa Elvira.

26 **Lun.** San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.

27 **Mart.** San Juan Crisóstomo, ob. y doctor; san Julián, mr., y santos Emerito y Mauro, obispos.

28 **Miérc.** San Julián, ob. y patrón de Cuenca, y san Valero.

29 **Juev.** San Francisco de Sales, ob. y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, y san Valero, ob.

30 **Vier.** San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen.

31 **Sáb.** San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced; santa Marcela, viuda, y san Ciro, Saturnino, Víctor y Tirso, mrs.



LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES

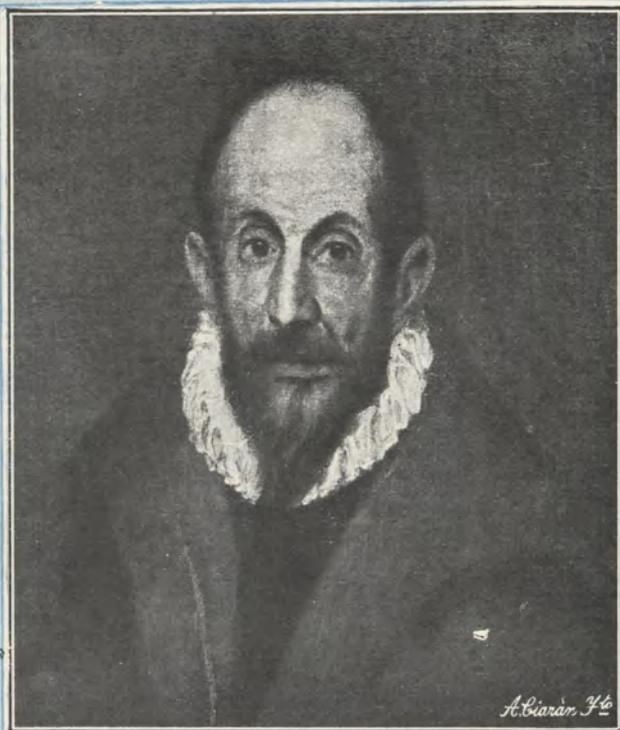


DOMINGO. San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mártires, y santa Brigida, virgen.

2 Lun. La Purificación de Nuestra Señora (vulgo *La Candelaria*) y san Cornelio Centurión, ob.

- 3 Mart. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
 4 Miérc. San Andrés Corsino, ob., y san José de Leonisa, conf.
 5 Juev. Santa Agueda, virgen y mr., y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.
 6 Vier. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
 7 Sáb. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y santos Ricardo, ey de Inglaterra, y Teodoro, mr.; Moisés, ob., y santa Juliana, viuda.
 8 Dom. *de Septuagésima.* San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.—*Anima.*
 9 Lun. Santa Apolonia, virgen y mr.; santos Donato, Primo, Nicéforo, Alejandro, Anmonio, mrs.; Cirilo, Alejandrino, ob., conf. y doctor; Fructuoso, arz., y Sabino, ob.
 10 Mart. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
 11 Miérc. San Saturnino, presb., y compañeros, mrs., y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
 12 Juev. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mr., y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.
 13 Vier. San Benigno, mr., y santa Catalina de Ricci, virgen.
 14 Sáb. San Valentín, presb. y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.

GRUECO



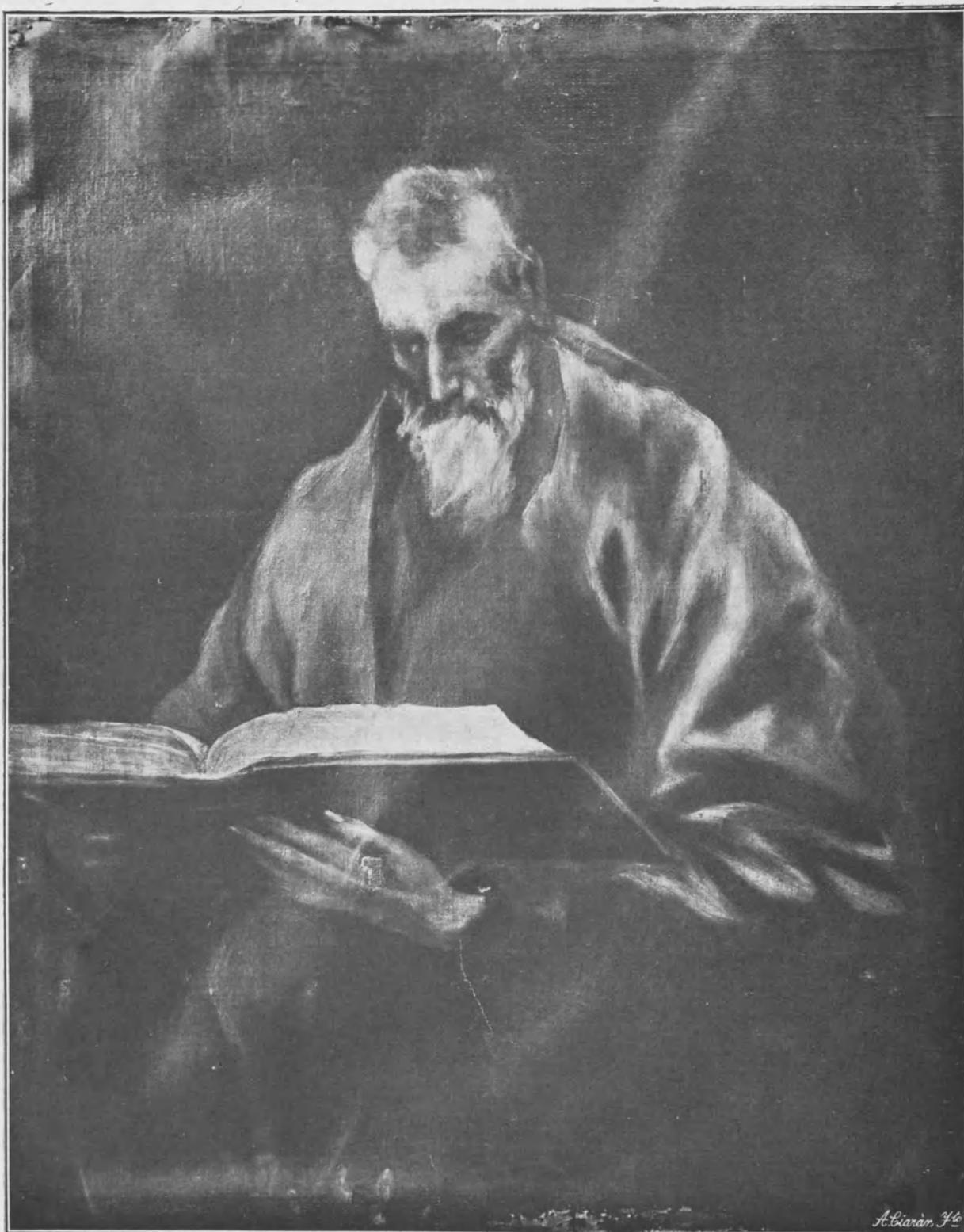
FEBREKO



DOMINGO de Sexagésima. San Faustino y Santa Jovita, hermanos, mrs., y santos Saturnino, Cástulo, Magno y Lucio, mrs.

- 16 Lun. San Julián y 5.000 compañeros, mrs.; santos Faustino, Elías, Isaias, Jeremías, Samuel, etc., mártires.
 17 Mart. San Julián de Capadocia, mr.; san Teódulo, mr., y santos Claudio y Silvino, obispos.
 18 Miérc. San Eladio, arzobispo de Toledo; san Simeón, ob. y mártir, y san Teotonio, conf.
 19 Juev. San Gabino, presb. y mr.; santos Álvaro de Córdoba, Publio, Julián y Marcelo, mrs.
 20 Vier. San León, Eleuterio y Nemesio, obispos, y san Zenobio, presb. y mr.
 21 Sáb. San Félix y san Maximiano, obispos.
 22 Dom. *de Quincuagésima.* La Cátedra de san Pedro en Antioquía y san Pascasio, ob.
 23 Lun. San Pedro Damiano, ob., cardenal y doctor; santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona, penitente.
 24 Mart. San Matías, apóstol; san Modesto, ob., y santa Primitiva, virgen.—*Cierranse las velaciones.*
 25 Miérc. *de Ceniza.* San Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio.—*Principia el ayuno de Cuaresma.*
 26 Juev. San Alejandro, ob.; santos Nestor, Fortunato y Félix, mártires.
 27 Vier. San Baldomero, conf.; santos Alejandro, Abundio, Fortunato y Julián, mrs.
 28 Sáb. San Román, abad, y santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo y compañeros, mrs.

EL GRECO



SAN MATÍAS, APÓSTOL

Museo de El Greco, en Toledo.

Fot.ª de Moreno.



DOMINGO I de Cuaresma. El Santo Ángel de la Guarda, y santos Rosendo, Albino y Sui-
berto, obispos.

2 Lun. San Lucio, ob.; san Simplicio y san Pablo.

3 Mart. Santos Emeterio y Celedonio, mrs., patronos de Calahorra; san Marino, soldado, y san Asterio, senador, mrs.—*Anima*.

4 Miérc. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio.—*Témpora*.—*Ayuno*.

5 Juev. San Eusebio y compañeros, mrs., y san Teófilo.

6 Vier. Santos Victor y Victoriano, mrs., y san Olegario, ob.—*Témpora*.—*Ayuno*.

7 Sib. Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Órdenes*.

8 Dom. II de Cuaresma. San Juan de Dios, fundador; san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.

9 Lun. Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, ob., y santa Catalina de Bolonia, virgen.

10 Mart. San Melitón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.

11 Miérc. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.

12 Juev. San Gregorio Magno, papa y doctor; san Bernardo, y santas Sancha y Josefina, mrs.

13 Vier. San Leandro, arzobispo de Sevilla; san Rodrigo y san Salomón, mrs.

14 Sáb. Santa Matilde, reina, y santa Florentina, virgen.—*Anima*

15 Dom. III de Cuaresma. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava.—*Anima*.



MARZO



LUNES. San Julián de Anazarbo, mr.; san Ciriaco y san Agapito.

17 Mart. San Patricio, ob. y conf.; san José de Arimatea, y santa Gertrudis, virgen.

18 Miérc. San Gabriel, arcángel; el beato Salvador de Horta, y santos Alejandro y Narciso, obispos y mrs.

19 Juev. Fiesta. SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de santo Domingo, mr.

20 Vier. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.

21 Sáb. San Benito, abad y fundador; santos Filimón y Dominico, mrs., y Serapión y Birilo, obispos.

22 Dom. IV de Cuaresma. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.—*Anima*.

23 Lun. San Victoriano y compañeros, mrs., y el beato José Oriol, presb.

24 Mart. San Agapito, ob. y mr.; los beatos José María Tomasi, cardenal, y Diego José de Cádiz.

25 Miérc. La Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios, y san Dimas, el Buen Ladrón.

26 Juev. San Braulio, obispo de Zaragoza, y santa Eugenia, virgen y mr.

27 Vier. San Ruperto, ob.; san Juan y santa Lidia, y santos Lázaro, Alejandro, Fileto y Macedón, mrs.

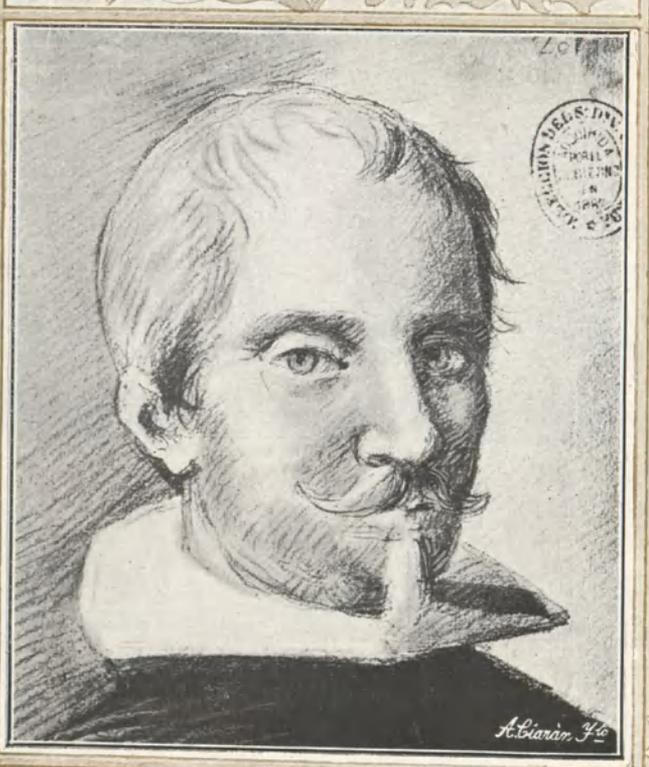
28 Sáb. San Sixto III, papa y conf., y santos Cástor y Doroteo, mrs.

29 Dom. de Pasión. San Eustasio, abad, y santos Jonás y Pastor.

30 Lun. San Juan Climaco, abad; san Régulo y san Víctor.

31 Mart. Santa Balbina, virgen; san Amós, prof., y santos Teodoro, Anesio y Félix, mrs.

BARBARA



ZURBARÁN



SANTO TOMÁS DE AQUINO

Museo Provincial de Sevilla.

Fot.ª de Lacoste.



VELAZQUEZ

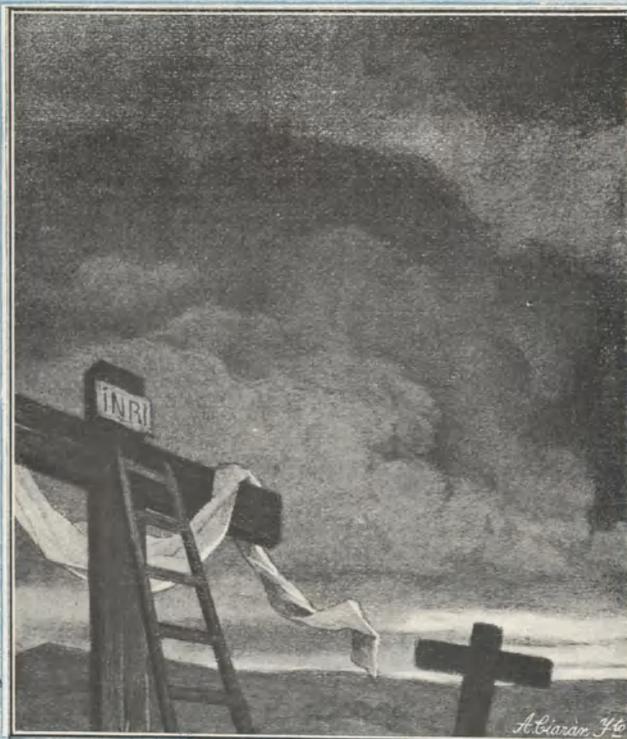


- M**IERCOLES. San Venancio, ob. y mr.; santos Ignacio y Tesifón, mrs., y Hugón, ob.
- 2 Juev. San Francisco de Paula, fundador de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitente.
- 3 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y santos Pancracio, ob., y Ulpiano, mr.—*Anima*.
- 4 Sáb. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y san Ambrosio, ob. y confesor.—*Anima*.
- 5 Dom. *de Ramos*. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y la beata Juliána, virgen.
- 6 Lun. *Santo*. San Celestino, papa y mr.
- 7 Mart. *Santo*. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs., y san Saturnino, ob. y conf.
- 8 Miérc. *San'to*. San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín.—*Abstinencia de carne*.
- 9 Juev. *Santo*. Santa María Cleoté y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.—*Abstinencia de carne*.
- 10 Vier. *Santo*. San Daíel y san Ezequiel.—*Abstinencia de carne*.
- 11 Sáb. *Santo*. San León Magno, papa y doctor.—*Abstinencia de carne*.—*Órdenes*.
- 12 Dom. *de Resurrección*. San Víctor, mr.; san Zenón, ob., y santa Susana, virgen.
- 13 Lun. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr., y santos Máximo y Quintiliano.
- 14 Mart. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs., y san Pedro González Telmo, conf.
- 15 Miérc. Santas Basilisa y Anastasia, mrs.—*Anima*.

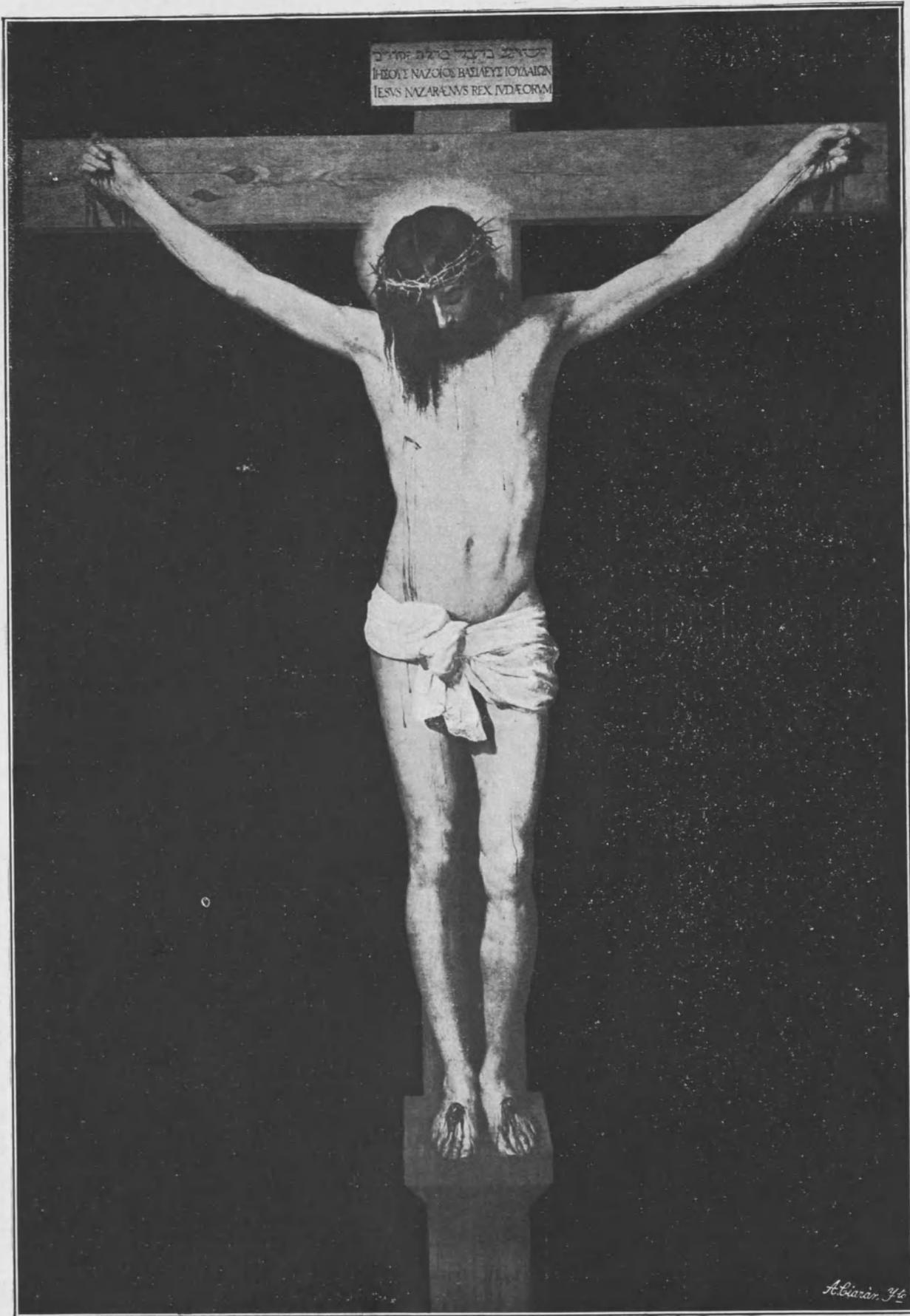
ABRIL



- T**UEVES. Santa Engracia, virgen, y 18 compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.
- 17 Vier. San Aniceto, papa y mr.; los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro, y la beata María Ana de Jesús.
- 18 Sáb. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs. y el beato Andrés Hibernón.
- 19 Dom. *de Cuasimodo ó in Albis*. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mrs.
- 20 Lun. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.—*Ábrense las velaciones*.
- 21 Mart. San Anselmo, ob. y doctor.
- 22 Miérc. Santos Sotero y Cayo, papas y mrs.
- 23 Juev. San Jorge, mr.; san Adalberto, ob. y mr., y san Félix, presbítero.
- 24 Vier. Santos Fidel de Sigmaringa, Alejandro y Sabas, mrs., y san Gregorio, ob.
- 25 Sáb. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.—*Letanias mayores*.
- 26 Dom. Nuestra Señora La Divina Pastora, santos Cleto y Marcelino, papas y mrs., y la Traslación de santa Leocadia.
- 27 Lun. Santos Anastasio, papa y mr.; Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.
- 28 Mart. San Prudencio, ob.; san Vidal, mr., y san Pablo de la Cruz, fundador.
- 29 Miérc. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto.
- 30 Juev. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba Amador, presb., Pedro y Luis.



VELÁZQUEZ



NUESTRO SEÑOR CRUCIFICADO

Museo del Prado.

Fot.^a de Moreno.



VERNES. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, y san Orencio y santa Paciencia, padres de san Lorenzo.

2 Sáb. San Atanasio, ob. y doctor, y la beata Mafalda, re na.

3 Dom. El Patrocinio de San José; la Invencción de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teódulo, mrs., y Juvenal, ob.

4 Lun. Santa Mónica, madre de san Agustín, y santos Silvano y Ciriaco, obispos y mrs.

5 Mart. La Conversión de san Agustín; san Pío V, papa, y san Sacerdote, ob.

6 Miérc. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, conf.

7 Juev. San Estanislao, ob. y mr.

8 Vier. La Aparición del Arcángel san Miguel; san Víctor y san Acacio.

9 Sáb. San Gregorio Nacianceno, ob. y doctor, y santos Geroncio, ob., y Hermes, mr.

10 Dom. Nuestra Señora de los Desamparados; san Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mrs. *Cumpleaños del Príncipe de Asturias.*

11 Lun. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr.

12 Mart. Santo Domingo de la Calzada, conf., y santa Domitila, mr.

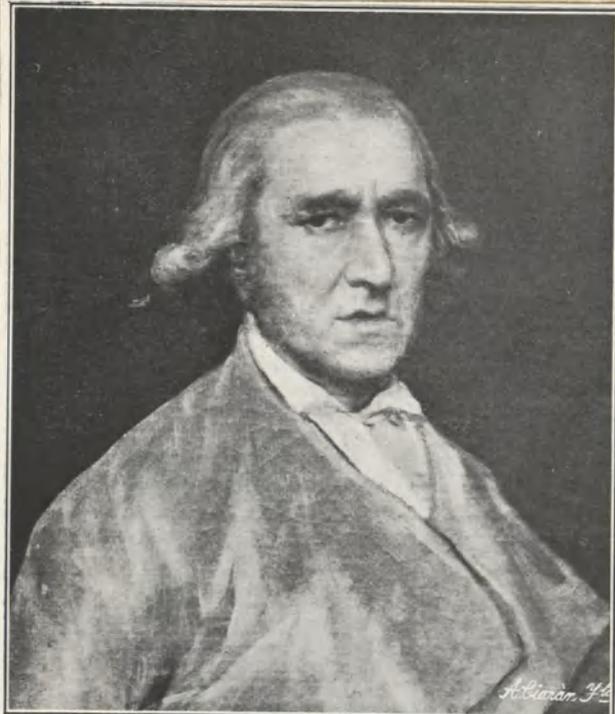
13 Miérc. San Pedro Regalado, conf.

14 Juev. San Bonifacio y san Víctor, mrs.

15 Vier. *Fiesta.* SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato, ob.



MAYO



BAJEU



SÁBADO. San Juan Nepomuceno, protomártir del siglo de la Confesión sacramental; san Ubaldo, obispo, y el beato Simón Stock, conf.

17 Dom. San Pascual Bailón, conf., y santos Pablo, y Eraclio, mrs.—*Cumpleaños de S. M. el Rey.*

18 Lun. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio, conf.—*Letanias.*

19 Mar. San Pedro Celestino, papa; san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mrs.—*Letanias.*

20 Miérc. San Bernardino de Sena, conf., y santos Baudilio y Alejandro, mrs.—*Letanias.*

21 Juev. *Fiesta.* LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR; santa María de Cerverlón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mr.

22 Vier. Santa Rita de Casia, viuda; santas Quiteria y Julia, virgenes y mrs., y san Atón, ob.

23 Sáb. La Aparición del apóstol Santiago; san Basilio y san Epitacio, obispos y mrs.

24 Dom. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs., y la Traslación de santo Domingo de Guzmán.

25 Lun. San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.

26 Mart. Santos Felipe Neri, conf., y Eleuterio, papa y mr.

27 Miérc. San Juan, papa y mr., y san Julio, soldado, mr.

28 Juev. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, conf.

29 Vier. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.

30 Sáb. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa.—*Ayuno con abstinencia de carne.*

31 Dom. PASCUA DE PENTECOSTÉS. Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso; santa Petronila, virgen, y san Pascasio, diácono.



LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.

COELO



- L**UNES. San Segundo, ob.; san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mrs.
- 2 Mart. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presbítero.
- 3 Miérc. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 4 Juev. San Francisco Caracciolo, fundador, y santa Saturnina, virgen y mr.—*Ánima*.
- 5 Vier. San Bonifacio, ob. y mr., y san Doroteo, presb. y mr.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 6 Sáb. San Norberto, arz., y fundador de la Orden Premonstratense.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Órdenes y Ánima*.
- 7 Dom. LA SANTÍSIMA TRINIDAD, y san Pedro y compañeros, mrs., monjes de Córdoba.
- 8 Lun. San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.
- 9 Mart. San Primo y san Feliciano, hermanos, mrs.
- 10 Miérc. Santa Margarita, reina de Escocia; san Crispulo y san Restituto, mrs.
- 11 Juev. *Fiesta*. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI; san Bernabé, apóstol, y santos Félix y Fortunato.
- 12 Vier. Santos Juan de Sahagún, Onofre, anacoreta, y Basíldes, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.
- 13 Sáb. San Antonio de Padua, conf., y san Fandila, mártir en Córdoba.
- 14 Dom. Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, prof.
- 15 Lun. Santos Vito y Modesto, y santas Crescencia y Benilde, mrs.



JUNIO



- M**ARTES. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mrs., y santa Lutgarda.
- 17 Miérc. San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Juev. Santos Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús; santa Juliana de Falconeri, virgen, y los santos Gervasio, Protasio y Lamberto, mrs.
- 20 Sáb. San Silverio, papa y mr.; santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.
- 21 Dom. El Purísimo Corazón de María; san Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo, ob.
- 22 Lun. San Paulino, ob.; san Acacio y compañeros, mrs., y santa Consorcía, virgen.
- 23 Mar. San Juan, presb. y mr.; santa Agripina, virgen y mr., y santos Zenón y Cenás, mrs.
- 24 Miérc. La Natividad de san Juan Bautista; san Fausto, y san Orencio, mr.
- 25 Juev. San Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
- 26 Vier. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Sáb. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.—*Ayuno con abstinencia de carne*.
- 28 Dom. San León II, papa, y san Argimiro, mr.
- 29 Lun. *Fiesta*. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles, y san Marcelo.
- 30 Mart. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, ob.





LA SAGRADA FORMA
Sanctissimum Corpus Christi.

Real Monasterio de El Escorial.

Fot.^a de Fr. E. Manero, Agustino de El Escorial.



JULIO

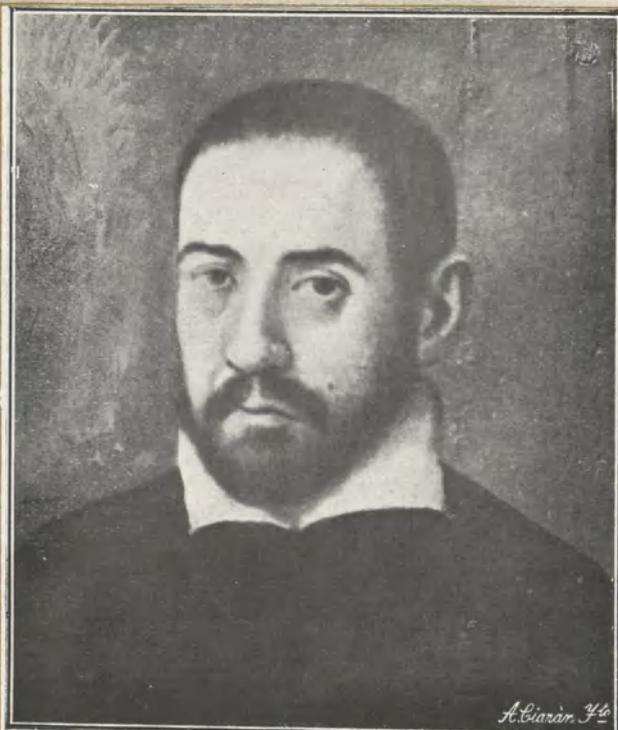


- M**IÉRCOLES. Santos Casto y Secundino, mrs., y santa Leonor, viuda.
- 2 Juev. La Visitación de Nuestra Señora, y san Felicísimo, mr.
- 3 Vier. San Trifón y compañeros, mrs., y el beato Raimundo Lulio, mr.
- 4 Sáb. San Laureano, ob. y mr.; el beato Gaspar Bono, y santos Elías y Flaviano, obispos.
- 5 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y santos Cirilo y Metodio, obispos.
- 6 Lun. Santa Lucía, mr.; santos Rómulo y Paladio, obispos, y san Isaías, prof.
- 7 Mart. San Fermín, ob. y mr.; san Odón, ob.; san Lorenzo de Brindis y santa Pulqueria, emperatriz.
- 8 Miérc. Santa Isabel, reina de Portugal, y santos Aquilo y Procopio, mrs.
- 9 Juev. Santos Cirilo, Zenón y Alejandro, mrs., y santa Verónica de Julianis, abadesa.
- 10 Vier. Santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.
- 11 Sáb. San Pio I, papa y mr.; san Abundio, mr., y santa Verónica de Julianis, virgen.
- 12 Dom. San Juan Gualberto, abad; santos Nabor y Félix, mrs., y santa Marciana, virgen y mr.
- 13 Lun. San Anacleto, papa y mr.; santos Sila, Serapión y Eugenio, mrs., y santa Sara, virgen.
- 14 Mart. San Buenaventura, ob. y doctor, y santos Justo y Focas, soldados, mrs.
- 15 Miérc. San Camilo de Lejis, fundador de los Agonizantes, y san Enrique, emperador.



- T**UEVES. Nuestra Señora del Carmen; el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diácono, mártir de Córdoba.
- 17 Vier. San Alejo, conf., y san León IV.
- 18 Sáb. Santa Sinfarosa y sus siete hijos; san Federico, ob., y santa Marina, virgen, todos mártires.
- 19 Dom. San Vicente de Paúl, fundador de las Hijas de la Caridad.
- 20 Lun. San Elías, prof.; san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, vírgenes y mrs.
- 21 Mart. Santa Práxedes, virgen; san Víctor y san Alejandro, mártires.—*Cumpleaños de la Reina madre.*
- 22 Miérc. Santa María Magdalena, penitente, y san Teófilo.
- 23 Juev. San Apolinar, ob. y mr.; san Liborio, ob., y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Vier. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, confesor.—*Ayuno.—Días de la Reina madre.*
- 25 Sáb. *Fiesta.* SANTIAGO, apóstol, patrón de España, y santos Cristóbal y Cucufate, mrs.
- 26 Dom. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María, y san Jacinto, mr.
- 27 Lun. Santos Pantaleón y Cucufate y santas Juliana y Sempromiana, vírgenes y mrs., patronas de Mataró.
- 28 Mart. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mrs.; san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás.
- 29 Miérc. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.
- 30 Juev. Santos Abdón, Senén, Rufino y Teodomiro, mrs., y santa Segunda, mr.
- 31 Vier. San Ignacio de Loyola, conf., fundador de la Compañía de Jesús.

JUANES





LA VISITACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



BOYA



AGOSTO



SABADO. San Pedro Advíncula; los santos hermanos Macabeos, mrs., y san Félix, mártir de África.

2 Dom. Nuestra Señora de los Angeles; san Alfonso María de Liguorio, ob. y doctor; san Pedro, obispo de Osma, y san Máximo, ob. - *Jubileo de la Porciúncula.*

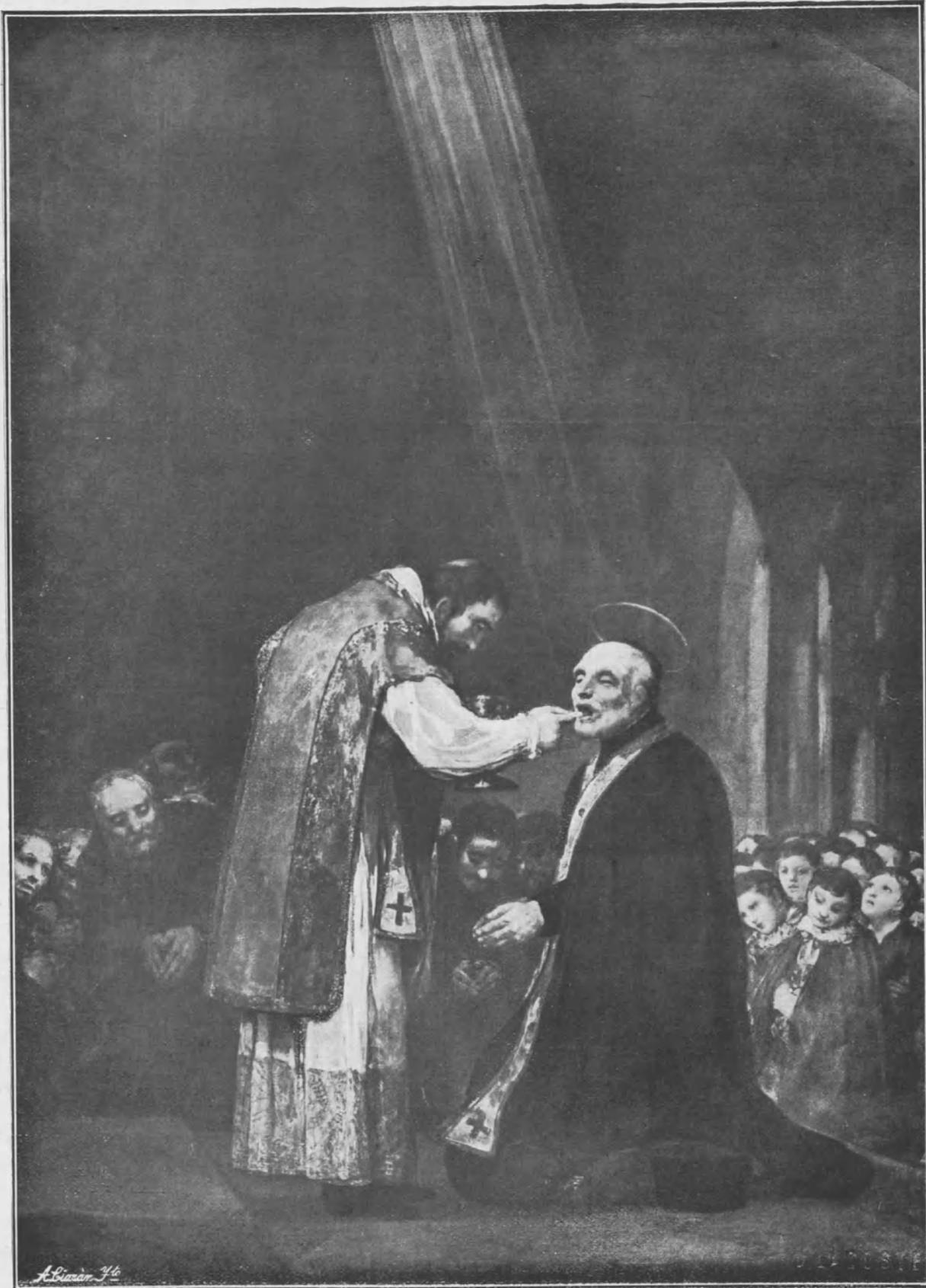
- 3 Lun. La Invención del cuerpo de san Esteban, protomártir, y santos Nicodemus y Gamaliel.
- 4 Mart. Santo Domingo de Guzmán, fundador del Orden de Predicadores, conf.
- 5 Miérc. Nuestra Señora de las Nieves y san Abel ó Abelardo, abad.
- 6 Juev. La Transfiguración del Señor; los santos niños Justo y Pastor, mrs., patronos de Alcalá de Henares, y san Sixto II, papa y mr.
- 7 Vier. San Cayetano, fundador de los Teatinos; san Alberto de Sicilia, y san Donato, ob. y mr.
- 8 Sáb. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
- 9 Dom. San Román, mr., y los santos Firmo y Rústico, mrs.
- 10 Lun. San Lorenzo, diácono y mr., y santa Filomena, virgen y mártir.
- 11 Mart. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
- 12 Miérc. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.
- 13 Juev. Santos Hipólito, Casiano, Centola y Elena, mrs.
- 14 Vier. San Eusebio, presb., y san Pablo, diácono y mr.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 15 Sáb. *Fiesta.* LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Alipio, ob.



DOMINGO. San Joaquín, padre de Nuestra Señora; san Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mr.

17 Lun. San Pablo y santa Juliana, hermanos.

- 18 Mart. San Agapito, mr.; santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalcó, virgen.
- 19 Miérc. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
- 20 Juev. San Bernardo, abad y doctor, y santos Leovigildo, Luis y Severo, mrs.
- 21 Vier. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, y santa Basa y sus tres hijos, mrs.
- 22 Sáb. Santos Timoteo, Hipólito, ob., Sinforiano, Fabriciano, Filiberto y Mauro, mrs.
- 23 Dom. San Felipe Benicio, conf.; santos Cristóbal y Leovigildo, mártires de Córdoba.
- 24 Lun. San Bartolomé, apóstol; san Patricio, abad, y santa Áurea, virgen y mr.
- 25 Mart. San Luis, rey de Francia; san Ginés de Arlés, y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.
- 26 Miérc. Santos Ceferino, papa, y Víctor, presb., mrs.
- 27 Juev. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías; san Rufo, ob., y la Transverberación del Corazón de santa Teresa de Jesús.
- 28 Vier. San Agustín, ob. y doctor, y san Hermes, mr.
- 29 Sáb. La Degollación de san Juan Bautista; santa Sabina y santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mrs.
- 30 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa; santa Rosa de Lima, virgen, y santos Félix y Adaneto, mrs.
- 31 Lun. San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val, mr.



SAN JOSÉ DE CALASANZ

Escuelas Pías de San Antón.—Madrid.

Fot.^a de Lacoste.



DARTES. San Vicente y san Leto, mártires de Toledo; san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.

2 Miér. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mr., patrón de Palencia.

3 Juev. San Sandalio, santa Serapia, virgen, y santa Sabina, viuda, mrs.

4 Vier. Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vírgenes.

5 Sáb. San Lorenzo Justiniano, ob., y santa Obdulia, virgen y mártir.

6 Dom. San Eugenio y compañeros, mrs., y el beato Juan de Rivera.

7 Lun. Santa Regina, virgen y mr., y san Pánfilo, ob.

8 Mart. La Natividad de Nuestra Señora, y san Adrián, mr.

9 Miérc. San Gorgonio, mr.; santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, y san Gregorio de Osset, patrón de Alcalá del Río.

10 Juev. San Nicolás de Tolentino, conf.; san Pedro, ob., y santa Pulqueria, emperatriz.

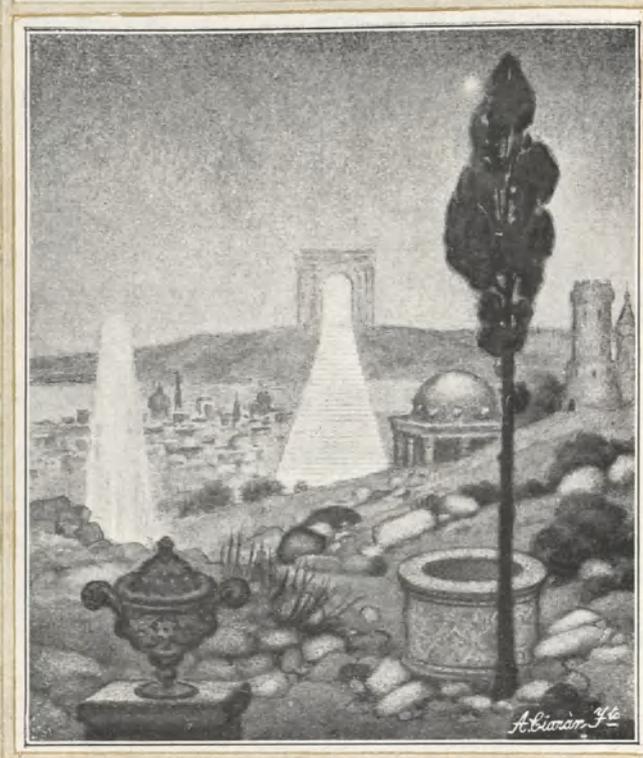
11 Vier. Santos Proto y Jacinto, hermanos, mrs.

12 Sáb. San Leoncio y compañeros, mrs.; san Vicente, abad, y san Amato.

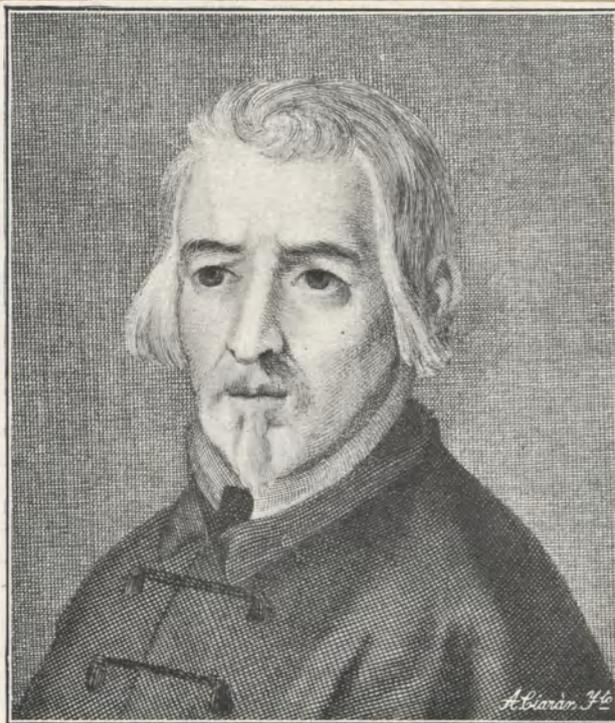
13 Dom. El Dulce Nombre de María, y santos Felipe, Ligorio, Julián y compañeros, mrs.

14 Lun. La Exaltación de la Santa Cruz, y santos Crescencio y Víctor, mrs.

15 Mart. San Nicomedes, presb. y mr., y santos Valeriano y Jeremías, mártires de Córdoba.



SEPTIEMBRE



CAÑO



DIÉRCOLES. San Cornelio, papa, y san Cipriano, ob.—*Témpora.*—Ayuno.

17 Juev. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís; san Pedro Arbués, mr., y santa Columba, virgen.

18 Vier. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, conf.—*Témpora.*—Ayuno.

19 Sáb. San Jenaro, ob., y compañeros mrs.; santa Pomposa, virgen y mr., y el beato Alonso de Orozco.—*Témpora.*—Ayuno.—*Órdenes.*

20 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora; san Eustaquio y compañeros, mrs., y san Rogelio, mr.

21 Lun. San Mateo, apóstol y evangelista.

22 Mart. San Mauricio y compañeros, mrs., y santos Florencio y Santino, obispos.

23 Miérc. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mrs.

24 Juev. Nuestra Señora de las Mercedes y san Gerardo, ob. y mártir.

25 Vier. San Lope, ob.; san Formerio, mr., y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mr.

26 Sáb. San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs., y san Crescencio, mr.

27 Dom. Santos Cosme y Damián, hermanos médicos, mrs.

28 Lun. San Wenceslao, duque de Bohemia; santos Adolfo y Juan, mrs.; santa Eustaquia, virgen, y el beato Simón de Rojas, conf.

29 Mart. La Dedicación del Arcángel san Miguel; san Benito y santa Gudelia, mr.

30 Miérc. San Jerónimo, presb. y doctor; san Gregorio, ob., y santa Sofía, viuda.

ALONSO CANO



EL DULCE NOMBRE DE MARÍA

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.

MARILLO



MUEVES. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España; san Remigio, ob. y confesor, y san Severo.

2 Vier. Los santos Ángeles Custodios; san Olegario, ob. y mr., y san Satorio, anacoreta, patrón de Soria.

3 Sáb. San Cándido, mr.; san Gerardo, abad, y san Maximiano, ob.

4 Dom. Nuestra Señora del Rosario, y san Francisco de Asís, fundador del Orden de los Menores.

5 Lun. San Plácido y compañeros, mrs., y santos Froilán y Atilano, obispos.

6 Mart. San Bruno, fundador de los Cartujos; san Román, ob., y santa Fe, mr.

7 Miérc. San Marcos, papa, y san Sergio y compañeros, mrs.

8 Juev. Santa Brigida, viuda y fundadora, y santa Pelagia, penitente.

9 Vier. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.

10 Sáb. Santos Francisco de Borja y Luis Beltrán, confesores.

11 Dom. San Fermín, ob.; san Nicasio, ob. y mr., y santos Anastasio, Plácido y Ginés, mrs.

12 Lun. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; santos Félix y Cipriano, obispos y mrs.

13 Mart. San Eduardo, rey de Inglaterra; santos Fausto, Jenaro y Marcial, mrs.

14 Miér. Santos Calixto, papa y mr.; Gaudencio, ob. y mr., y santa Fortunata, virgen y mr.

15 Juev. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de las Carmelitas Descalzas.



OCTUBRE



VIERNES. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.

17 Sáb. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Margarita María de Alacoque.

18 Dom. San Lucas, evangelista; san Justo, mr., y san Julián, ermitaño.

19 Lun. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria, y santa Pelagia, virgen y mr.

20 Mart. San Juan Cancio, presb., y santa Irene, virgen y mr.

21 Miérc. San Hilarión, abad, y santa Úrsula y compañeras, vírgenes y mrs.

22 Juev. Santa Salomé, viuda, y las santas Nunilo y Alodia, virgen, mrs.

23 Vier. San Pedro Pascual, ob. y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán, patronos de Cádiz.

24 Sáb. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, ob.—*Cumpleaños de S. M. la Reina.*

25 Dom. Santos Crisanto y Daria; santos Gabino, Proto, Jenaro, Crispín y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor.

26 Lun. San Evaristo, papa y mr.; santos Luciano, Marciano y Valentin, y santa Engracia, mrs.

27 Mart. San Vicente, santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs., patronos de Ávila y de Talavera de la Reina.

28 Miérc. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles, y san Fidel, mártir.

29 Juev. San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mrs.

30 Vier. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mrs., y san Alonso Rodríguez.

31 Sáb. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.—*Ayuno.*



MURILLO



LA VIRGEN DEL ROSARIO

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



MUNES. San Rufino y compañeros, mrs., y santa Inés de Asís, virgen.

17 Mart. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.

18 Miérc. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma, y santos Máximo y Román.

19 Juev. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.

20 Vier. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad, y san Edmundo, rey de Inglaterra, mr.

21 Sáb. La Presentación de Nuestra Señora, y santos Rufo y Esteban, mrs.

22 Dom. Santa Cecilia, virgen y mr., y santos Marco y Esteban, mártires.

23 Lun. San Clemente, papa; santa Felicitas, viuda, mrs., y san Daniel, ob.

24 Mart. San Juan de la Cruz; san Crisógono, mr.; santas Flora y María, vírgenes, y mártires de Córdoba.

25 Miérc. Santa Catalina, virgen y mr., y san Moisés, presb. y mártir.

26 Juev. Los Desposorios de Nuestra Señora y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.

27 Vier. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs., y san Valeriano, ob.

28 Sáb. San Gregorio III, papa, y san Esteban el Mozo, mr. — *Cierranse las velaciones*

29 Dom. *I de Adviento*. San Saturnino, ob. y mr., y santa Iluminada, virgen.

30 Lun. San Andrés, apóstol; san Cástulo, mr., y santos Constancio y Zósimo, confesores.

DOMINGO. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.

2 Lun. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mr.

3 Mart. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermenegol, ob.

4 Miérc. San Carlos Borromeo, arz.; san Vidal y san Agrícola, mártires.

5 Juev. San Zacarías, prof., y santa Isabel, padres de San Juan Bautista.

6 Vier. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.

7 Sáb. San Florencio, ob.; san Ernesto, abad, y santos Herculano y Amaranto, mrs.

8 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, y los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.

9 Lun. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.

10 Mart. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.

11 Miérc. San Martín, ob., y san Mena, mr.

12 Juev. San Martín, papa y mr.; san Diego de Alcalá y san Millán, presb.

13 Vier. San Eugenio III, arzobispo de Toledo; san Estanislao de Kostka y san Homobono, conf.

14 Sáb. San Serapio, mr.; santos Lorenzo y Rufo, obispos, y san Josafat, ob. y mr.

15 Dom. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, y san Leopoldo, confesor.

VALDESLEA



NOVIEMBRE



LA PRESENTACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



RIBERA



- D**ARTES. Santa Natalia, viuda, y san Lucio, mártir.
- 2 Miérc. Santa Bibiana, virgen y mr.; san Pedro Crisólogo, ob. y doctor, y santa Elisa, virgen y mr.
- 3 Juev. San Francisco Javier, conf.; san Claudio y santa Hilaria, mrs.
- 4 Vier. Santa Bárbara, virgen y mr., y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón. — *Ayuno.*
- 5 Sáb. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr. — *Ayuno.*
- 6 Dom. *II de Adviento.* San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
- 7 Lun. San Ambrosio, ob. y doctor.
- 8 Mart. *Fiesta.* LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
- 9 Miérc. Santa Leocadia, virgen y mr., patrona de Toledo, y san Restituto, ob. y mr.
- 10 Juev. La Traslación de la Santa Casa de Loreto; san Melquides, papa y mr., y santa Eulalia (ú Olalla) de Mérida, virgen y mr.
- 11 Vier. San Dámaso, papa, y san Sabino, ob.
- 12 Sáb. Nuestra Señora de Guadalupe, de Méjico; san Hermógenes y san Donato y compañeros, mrs. — *Ayuno.*
- 13 Dom. *III de Adviento.* Santa Lucía, virgen y mr., y el beato Juan de Marinoni, conf.
- 14 Lun. San Nicasio, ob. y mr.; san Espiridión y san Pompeyo, obispos.
- 15 Mart. San Eusebio de Bercei, ob. y mr.
- 16 Miérc. San Valentin y compañeros, mrs., y santa Adelaida, emperatriz. — *Témpora.* — *Ayuno.*

DICIEMBRE



- D**UEVES. San Lázaro, ob. y mr.; san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades, viuda.
- 18 Vier. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo la Virgen de la O). — *Témpora.* — *Ayuno.*
- 19 Sáb. San Nemesio, mr., y san Timoteo, diácono. — *Témpora.* — *Ayuno.* — *Órdenes.*
- 20 Dom. *IV de Adviento.* Santo Domingo de Silos, abad, y san Julio, mr.
- 21 Lun. Santo Tomás, apóstol; san Temistocles, mr.; san Glicerio, presb. y san Anastasio, ob. y mr.
- 22 Mart. San Demetrio y compañeros, mrs., y san Flaviano, mártir.
- 23 Miérc. Santa Victoria, virgen y mr., y san Sérvulo. — *Días de Su Majestad la Reina.*
- 24 Juev. San Gregorio, presb. y mr.; san Delfin, ob., y santa Tarsila. — *Ayuno con abstinencia de carne.*
- 25 Vier. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mrs.
- 26 Sáb. San Esteban, protomártir, y san Marino, senador, mr.
- 27 Dom. San Juan, apóstol y evangelista; san Teodoro y san Máximo, ob.
- 28 Lun. Los Santos Inocentes, mrs., y san Eutiquio, presb. y mártir.
- 29 Mart. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr., y san David, profeta.
- 30 Miér. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España.
- 31 Juev. San Silvestre, papa y conf.; santa Melania, virgen, y san Sabiniano, ob.



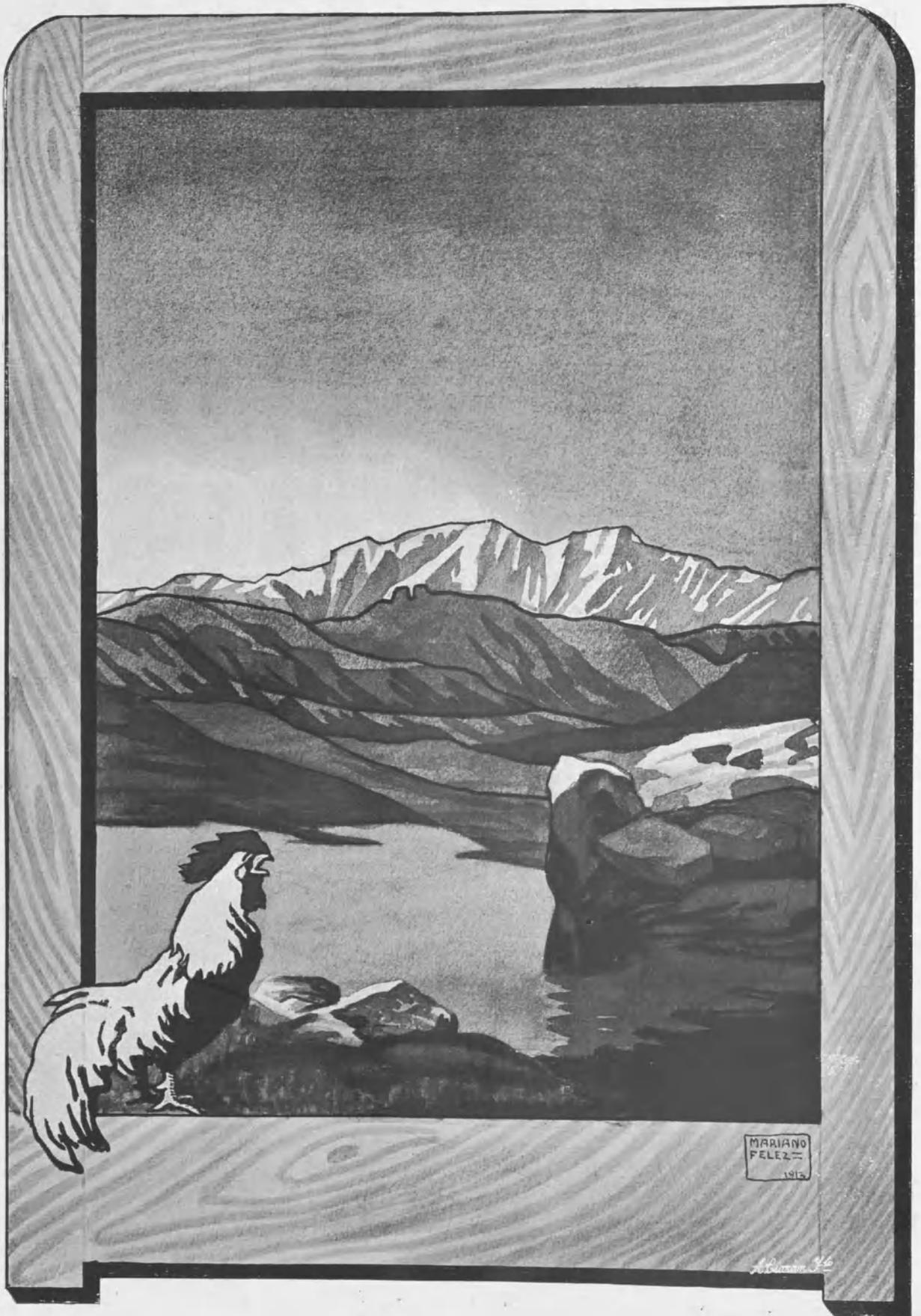
RIBERA



LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



== El amanecer.

·—□ ¡VIDA NUEVA! □·

Buen desengaño se lleva
El que á sospechar se atreva
Que este año voy á seguir
Con mi modo de vivir:
¡Año nuevo, vida nueva!

Con la costumbre fatal,
Origen de todo mal,
Hoy quiero romper de pronto.
¡Está feo que haga el tonto
Una persona formal!

Si viví con ligereza,
Hoy deploro mi torpeza:
¡Cumplí los *sesenta y uno*
Y es el momento oportuno
De que siente la cabeza!

¿Que el ser un padre simplón
Acabó con los ahorrillos
de mi humilde profesión?...
Pues no tengo más chiquillos:
¡Se acabó la producción!

¿Que escribí, *echando las muelas*,
Ciento ochenta bagatelas
entre dramas y sainetes?...
Pues ya no escribo zarzuelas:
¡Se acabaron los *juguetes*!

¿Que no me hice obedecer
En casa?... ¡Desde mañana
Carácter voy á tener,
Y en mi casa se ha de hacer
Lo que á mí me dé la gana!

De mi situación precaria
Yo sólo soy el autor
Por mi imprevisión diaria.
¡Desde hoy conozco el valor
De la *unidad monetaria*!

Al Banco lo pregunté
De una manera discreta,
Y del valor me enteré:
Son *cien céntimos*... ¡Ya sé
lo que vale *una peseta*!

Desde hoy, al verla pasar
Por mi mano pecadora,
Diré... «¡Pase sin temblar!
¡Ya he podido averiguar
Lo que vale usted, señora!»

¡Mire usted que haber ganado,
Luchando día tras día,
Más de un millón mal contado,
Y sin haberme enterado
De lo que el millón valía!

Desde hoy pongo al gasto tasa,
Que ya es hora, me parece,
De que el orden reine en casa.
¡*El catorce* no me pasa
Lo que me ha pasado *el trece*!

Si quiero tener dinero
Hay que ahorrar el año entero.
¡Desde hoy me pienso quitar
De los vicios de fumar
Y de pagarle al casero!

Por *el deber* me decido,
Que es más cómodo y mejor.
Quiero tener garantido
Mi capital, invertido
todo en *la deuda interior*...

¡Lector, aunque no lo creas,
Cambio de rumbo y de ideas!
No emborrono más cuartillas
Ni vuelvo á escribir quintillas:
¡No quiero hacer cosas feas!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.



Agonía y muerte de la tierra.

Los sabios cuentan con diferentes procedimientos para calcular aproximadamente la edad de la Tierra, es decir, el tiempo que lleva de existencia el planeta que habitamos. Los oceanógrafos, por ejemplo, pueden decirnos cuánto tiempo ha tenido que transcurrir para que los mares adquieran el grado de salinidad que actualmente presentan; los geógrafos, lo que han tardado en formarse los pliegues montañosos que constituyen las grandes cordilleras; los geólogos, por su parte, han calculado la duración de las sedimentaciones sucesivas que han dado origen á las diferentes capas de la corteza terrestre; y, en fin, los físicos del siglo XX, estudiando los misteriosos fenómenos de la radioactividad de algunos elementos minerales, han llegado á averiguar la edad de esos mismos elementos. Y, ¡cosa extraña!, por tan diversos caminos se ha llegado á deducciones concordantes, quiero decir, á resultados bastante parecidos; pudiendo, en virtud de ellos, admitirse que desde que se formó la corteza sólida de nuestro globo hasta la fecha van transcurridos de mil á dos mil millones de años. ¡Dos mil millones de años! En este inmenso, larguísimo período, la corteza terrestre ha ido experimentando infinidad de transformaciones y perplecias. Los elementos se han disociado, se han vuelto á combinar, unas combinaciones han sucedido á otras, y la atmósfera, los océanos y el relieve de las tierras han experimentado vicisitudes mil, y únicamente han permanecido invariables, como testigos impasibles de todos los dramas por que ha pasado el planeta, los gases raros del aire, el helio, el argo, el kripto, el neo, el xeno, que no han sufrido alteración alguna en medio de todos los cambios, convulsiones y trastornos por que ha pasado nuestro planeta en su ya larga existencia.

Ahora bien: si á pesar de todas estas tremendas vicisitudes la Tierra ha resistido tantos millones de años, ¿continuará existiendo por tiempo indefinido y en condiciones de que pueda seguir siendo habitada por la Humanidad? Ó, por el contrario, ¿irá nuestro globo, aunque sea lentísimamente, perdiendo sus condiciones de habitabilidad? ¿Irá envejeciendo hasta llegar á ser un astro muerto como la Luna, es decir, incapaz de albergar organismos vivientes? Por otra parte, ¿las condiciones de estabilidad del sistema planetario serán tales que se pueda considerar eterno, ó las mismas leyes que rigen su actual existencia implican su destrucción y, por lo tanto, la del planeta que nos sostiene?

* *

Esto último es lo que deducen los sabios tomando en consideración las dos leyes físicas que por mejor establecidas se tienen, á saber: la de la conservación de la energía y la de la gravitación universal.

El Sol, centro de nuestro sistema planetario, está emitiendo sin cesar, bajo la forma de radiaciones térmicas, luminosas, ultravioletadas y eléctricas, cantidades enormes de energía. Por consiguiente, la provisión de ésta en aquel astro acumulada, ya proveniente de la concentración sucesiva de la masa solar, ya de las reacciones químicas que en la misma masa se produzcan, bien de sustancias radioactivas, bien de otros orígenes todavía desconocidos, concluirá por agotarse. Seguramente será necesario para ello que transcurran miles y miles de siglos. Helmholtz calcula que dentro de diez y siete millones de años el Sol se encontrará reducido á la cuarta parte de su volumen actual; pero mucho antes de ese tiempo la temperatura del globo terrestre será, por lo baja, incompatible con la existencia del hombre; juzgando, por lo tanto, que á la Humanidad le quedan, á lo más, unos seis millones de años de existencia. El sabio sueco Arrhenius alarga considerablemente el plazo, pues opina que la energía almacenada en la masa solar por las combinaciones endotérmicas basta para mantener las radiaciones de aquel astro, en las proporciones actuales, durante cuatro mil millones de años. Así, pues, esta teoría de Arrhenius, fundada en la constitución física del Sol, explica que este astro haya podido estar desprendiendo calor en los espacios desde tiempos anteriores á las épocas geológicas más remotas, y que pueda continuar del mismo modo por períodos de duración inmensa; ó de otro modo, que aun cuando ya hayan transcurrido cerca de dos mil millones de años desde que nuestro globo presentó una disposición semejante á la actual, aun le queda una existencia de doble duración en condiciones análogas, ó sea compatibles con la vida.

Pero, á pesar de todo, con arreglo al principio de la conservación de la energía, llegará un tiempo en que el Sol vaya enfriándose. La Tierra, entonces, falta del calor solar, se enfriará también, y la Humanidad, después de heroica resistencia y de luchas horribles, acabará por perecer en el frío eterno.

El estudio de la gravitación universal ha conducido á conclusiones igualmente pesimistas. Sabios eminentes se han dedicado, en efecto, á resolver el problema relativo á la estabilidad del mundo planetario. Laplace y Lagrange han hecho ver, por un cálculo de primera aproximación, que el sistema planetario, con arreglo á la ley de Newton, debe ser estable. Pero Poisson ha demostrado, profundizando más en el asunto, que en ciertas épocas la forma de las órbitas planetarias podrá sufrir fluc-

tuaciones considerables. Enrique Poincaré ha probado, igualmente, que en un porvenir más ó menos remoto los planetas, bajo la acción de perturbaciones seculares que irán aumentando indefinidamente, por causa del frotamiento de los mismos planetas contra el éter cósmico, concluirán por precipitarse sobre el Sol, ó bien disgregarse en el frío del espacio. Según esto, el sistema planetario de Newton no presenta la estabilidad que Laplace y Lagrange creyeron encontrar, y la Tierra se halla amenazada de ser aniquilada por destrucción ígnea, al ser absorbida por la masa solar, antes del enfriamiento completo de ésta. Pero semejante fin de nuestro globo será precedido por el de los organismos terrestres, que sufrirán, mucho antes, la muerte por el frío, como resultado de la ley de la conservación de la energía.

* * *

Así, pues, al cabo de períodos que podrán ser de duración inmensa, pero que, de todas suertes, tendrán un término, vendrá el fin de nuestro mundo viviente. La agonía de la Tierra será larga, larguísima, y la lucha de los seres vivos, para resistir las condiciones, cada vez más duras, que amenazarán su existencia, también larga y tenaz.

Sin embargo, muchísimos siglos antes de que esta agonía se manifieste se presentará un período, también de duración inmensa, en el que nuestro globo ofrecerá circunstancias mucho más favorables que el actual para la existencia de la Humanidad.

Aparte de las ventajas que los progresos incesantes de la civilización aporten para la comodidad de la vida y de los efectos que la mayor cultura haya de producir en la organización de la sociedad, cambios naturales en el medio ambiente han de ocasionar variaciones intensas, extraordinarias, en las condiciones de existencia de los organismos, así humanos como no humanos, que entonces vivan.

Uno de estos cambios será el que se verificará por alterarse la proporción del ácido carbónico en la atmósfera. Este gas se halla actualmente en el aire en muy débil dosis: unas tres milésimas de ácido carbónico contiene, por término medio, la atmósfera que gravita sobre los continentes, y una décima parte menos la que se extiende sobre los océanos, debido á la absorción que dicho gas sufre por el agua del mar. Esta débil proporción de ácido carbónico en la atmósfera, además de servir para la vida de las plantas, ejerce otra acción beneficiosa: protege á la Tierra contra el enfriamiento en el espacio, de tal suerte que si la referida dosis de tres milésimas llegase á desaparecer, aparte de que la vegetación no existiría, la temperatura de la super-

ficie del globo experimentaría un descenso general de unos veinte grados centígrados.

Pues bien: en el correr de los siglos la atmósfera terrestre se irá enriqueciendo en ácido carbónico. Por una parte, los progresos de la industria, que irán consumiendo, hasta agotarlos, todos los materiales combustibles encerrados en las profundidades de la corteza terrestre, y, por otra, la actividad de los volcanes, que irá aumentando con la contracción de esa misma corteza, serán causas que hagan vaya en aumento la proporción de ácido carbónico existente en el aire.

En la larga historia de la Tierra, y por diversos motivos, se han producido ya variaciones en la dosis del referido gas en la atmósfera que envuelve el globo, y la geología muestra los tremendos cambios que esas variaciones han producido en la superficie del planeta y en las condiciones de la vida.

Así, pues, á medida que la proporción del ácido carbónico aumente, aunque sea sólo en una milésima, mejor protegida estará la Tierra contra su enfriamiento en el espacio. Al recibir del Sol la misma energía térmica, pero perdiendo menos por irradiación, la temperatura en la superficie del planeta se elevará, las condiciones climatológicas serán más suaves, y los siglos coetáneos constituirán épocas templadas en las cuales no habrá que temer los terribles períodos de glaciación que caracterizó los principios de la época cuaternaria. La vegetación, por la doble influencia de la mayor proporción de ácido carbónico en el aire y de la elevación de temperatura, será mucho más abundante, puesto que este mismo aumento de temperatura producirá mayor evaporación de agua de los mares y la atmósfera estará más cargada de vapor acuoso y las lluvias serán más abundantes. La vegetación, por su espléndidez, recordará la época carbonífera; las cosechas de todo género serán más ricas; la madre Tierra, en fin, se presentará mucho más fértil para los hombres en esos siglos favorables.

* * *

Pero cuando la energía solar empiece á manifestar las primeras señales de decaimiento, toda esa prosperidad en nuestro globo irá también menguando. De poco servirá que la atmósfera terrestre, cargada de vapor de agua y de ácido carbónico, sea un obstáculo al enfriamiento del planeta. Á medida que éste vaya recibiendo menor cantidad de calor del Sol, se irá enfriando; la atmósfera podrá contener menor cantidad de vapor de agua; se irá haciendo más seca y más favorable al enfriamiento, aunque siga conteniendo ácido carbónico, que cuando, además de éste, se hallaba cargada de vapor acuoso. Á medida que disminuya la

temperatura, disminuirá también el esplendor de la vegetación e irá cambiando la fisonomía de la superficie terrestre.

Continuando el enfriamiento, muchos organismos vegetales y animales, que no puedan resistir las bajas temperaturas reinantes, irán pereciendo; otros se transformarán, si su organización se lo permite, para irse acomodando al medio, y lo mismo hará la Humanidad, que comenzará entonces su lucha gigantesca para resistir los efectos, progresivamente crecientes, de la disminución de calor recibido del Sol. El hombre, ayudado por la Ciencia, utilizará en esta lucha todas las fuerzas de la Naturaleza, para transformarlas, en parte, en la energía calorífica que del foco solar le vaya faltando, y, en parte, en producir los demás elementos necesarios para la vida que mediante esa acción calorífica solar hoy se procura directa ó indirectamente.

La Humanidad, pues, aprovechará la caída de las aguas, el inmenso caudal de energía que supone la acción de las mareas, las radiaciones ultravioletadas, todas las manifestaciones hoy conocidas de la actividad terrestre, y acaso otras que hoy no conocemos; tal vez se ingenie para capturar energías extraterrestres; tal vez pueda procurarse el auxilio de otros mundos, pues no se puede imaginar las maravillas que en el transcurso de los siglos podrá realizar la Ciencia. ¿Quién sabe si el hombre llegará á circunscribir grandes espacios de tierra, agua y atmósfera, en los que, protegidos por cubiertas atermanas, logre impedir que se pierda en el espacio el calor que él produzca utilizando fuerzas naturales distintas de la radiación térmica solar y pueda allí mantener por larguísimo períodos la temperatura que así consiga?

Por esto se ve cuán larga, cuán tenaz podrá ser la lucha que la Humanidad mantenga para resistir la agonía de la Tierra. Sin embargo, por inmensos que sean sus esfuerzos, por invencibles que aparezcan sus recursos, si el enfriamiento del Sol continúa llegará un tiempo en que, cuando los océanos no reciban la cantidad suficiente de calor para mantenerse en estado líquido, se transformarán en masas tremendas de hielo sólido y se acabará para la Humanidad uno de los focos más grandes de energía terrestre: la acción de las mareas. Las nubes de la atmósfera, condensadas en nieve precipitada sobre el suelo, no rodearán ya el globo, protegiéndole contra el enfriamiento en el espacio, y á partir de tal época dicho enfriamiento será más rápido, y el terrible drama se precipitará hacia su fin.

Cuando mares, lagos y ríos sean bloques de hielo; cuando, con la atmósfera completamente seca, no sea posible de ningún modo la vida á la intemperie, el hombre y algunos organismos que le acom-

pañen aun podrán prolongar durante algún tiempo su existencia en los espacios, que, como antes queda indicado, se pueda procurar, y en los que habrá de ingeníarse para conservar la temperatura y el aire respirable, además de producir los demás elementos necesarios para la vida; pero continuando el enfriamiento en el resto del globo, tras de la condensación y solidificación del vapor de agua vendrá la desaparición del ácido carbónico de las atmósferas libres. Dicho gas carbónico caerá sobre la superficie terrestre bajo la forma de nieve finísima, y con él desaparecerá la última capa protectora contra el frío final.

Cuando la temperatura descienda á doscientos grados bajo cero, se originarán en nuestro globo lluvias tremendas y se formarán nuevos océanos que se agitarán entre las cordilleras terrestres y entre las rocas de hielo que sustituirán á los mares actuales. Pero esas lluvias y esos nuevos océanos no serán de agua, sino de oxígeno y nitrógeno líquidos por la acción del frío, y en la atmósfera no quedará más que hidrógeno y helio.

Mucho tiempo antes, la vida en nuestro globo habrá sido imposible; la Humanidad habrá dejado de existir. El planeta continuará todavía girando en el vacío, con sus mares de aire líquido, y sobre los horizontes terrestres continuará apareciendo, en las horas correspondientes al día, un sol moribundo, de color rojizo obscuro, cuyo escaso brillo se irá también amortiguando hasta desaparecer por completo. Y, más tarde, según las deducciones de Poincaré, sobre ese astro sin luz, pero todavía caliente, irá á caer la Tierra, fundiendo su masa con la del cuerpo celeste de que en otro tiempo formó parte, y del cual tuvo origen.

* * *

Tal será el fin que, según las leyes físicas de la conservación de la energía y de la gravitación universal, aguarda á la Humanidad, á los organismos que viven sobre nuestro globo y á este mismo, aunque sea al cabo de un período que se mida por millones de siglos.

Sin embargo, la Ciencia no ha dicho acerca de esto su última palabra. Resulta ahora que, estudiando las leyes físicas referidas, no como hasta ahora, sino como leyes diferenciales, conducen á conclusiones muy distintas de las obtenidas. Bajo este nuevo aspecto parece que tiene que producirse hacia el Sol una enorme concentración de un nuevo flujo de energía procedente del campo de la gravitación, concentración que compensa la pérdida de energía que experimenta aquel astro por la radiación térmica, luminosa, ultravioletada, eléctrica, etc., asegurándose así la permanencia ó cons-

tancia de su temperatura y de manantial de las referidas formas de energía.

Así, pues, con arreglo á este nuevo modo de considerar las leyes físicas á que se ha hecho referencia, las fuerzas de gravitación especiales, producidas por las mismas perturbaciones que los planetas experimentan en su curso, ocasionan en los elementos de las órbitas planetarias variaciones tales, que dichas órbitas vuelven automáticamente y con toda exactitud á recobrar su forma estable presente; por consiguiente, el sistema planetario actual se encuentra en condiciones de estabilidad que pueden ser consideradas como eternas; no tiende, pues, á su destrucción; no es posible la caída de los planetas hacia el Sol, como opinaba Poincaré.

Además, el Sol no pierde energía cedida á las lejanas regiones situadas en la periferia del sistema planetario; pues la energía que radia en el espacio la recupera bajo la forma de flujo de energía en el

campo de gravitación. No hay que temer, por lo tanto, el enfriamiento del Sol, enfriamiento que pondría un límite á la existencia de seres organizados en la superficie de la Tierra.

Mantenida la estabilidad en la radiación térmica del Sol, la Humanidad no perecerá de frío y podrán continuar su evolución intelectual y física por una duración ilimitada.

Por consiguiente, según estas doctrinas, nuestro mundo no perecerá yerto de frío por faltarle el calor del Sol, ni la Tierra caerá precipitada sobre el gran astro central de nuestro sistema planetario.

Pero ¿tendrán, efectivamente, estas deducciones científicas más fundamento que aquellas otras, con arreglo á las cuales nuestro mundo pasará por la agonía y muerte que antes quedan descritas?

A i posteri l'ardua sentenza...

VICENTE VERA.

ABANICOS

La tierra para claveles
Morena tiene que ser,
Y tiene para violetas
Que ser morena también.
Así en tu rostro moreno
Se juntaron á la vez,
Las violetas en tus ojos
Y en tus labios el clavel.

Busca, bella Luisita, quien te lea
Estos versos livianos;
Pues si tu vista en ellos se recrea,
Arderá el abanico como tea
Al fuego de tus ojos soberanos.

Cuando asoma en el cielo
La luna clara,
Envidia la blancura
Que hay en tu cara
Y al salir de la noche
Los luminares,
Se encelan de la gracia
De tus lunares.

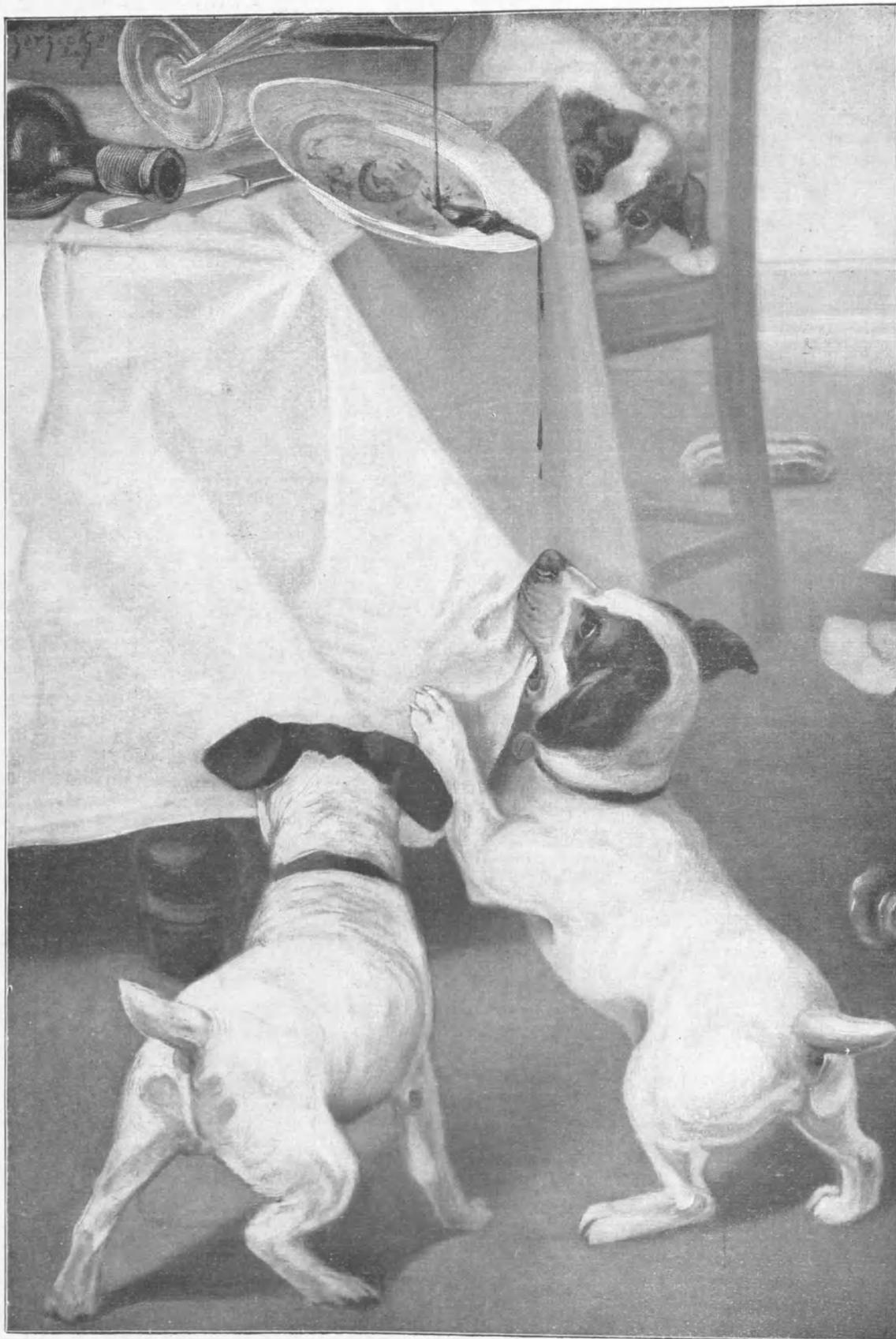
Hace Dios por parejitas
Rositas pitimini
Y mujeres pequeñitas;
En ti copió á las rositas
Y en ellas te copia á ti.

Eres espiga dorada:
Una amapola encarnada
Por darte un beso se hirió,
Y en tu boquita, cuajada
Toda su sangre dejó.

Oye, Trini, un secreto que sabemos
De un viejo zahori:
Los abanicos mandan los suspiros
adonde quieren ir.

Pareces un sueño, de blanca y de leve;
Tu cuerpo es de pluma;
Tu rostro de rosa y de nieve;
Tu pie es una flor;
Tus ojos son fuego, tu mano es espuma;
Pareces un sueño de amor.

S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO.



DISIDENTES

Cuadro de A. Weczercik.

LA PENÚLTIMA VOLUNTAD

CUENTO

LA cáfila de sobrinos de D. Felicísimo Arnaldo de Pastrana se incorporó como un solo hombre á la cabecera del veterano *sportsman* al saber su cuarto vuelco de automóvil.

Unos fueron llamados por teléfono, con ruego y encargo de transmitir la noticia á los demás; otros, dispersos por casinos, tertulias ó teatros, recibieron de sopetón la mala nueva, leyendo la reseña espeluznante en la *última hora* de la prensa nocturna, cuyo alcance no daba pormenores, contribuyendo con su vaguedad á pronósticos fatídicos. Algunos tuvieron que abandonar la molicie del lecho y lanzarse á medio vestir á la intemperie para no llegar tarde á la imponente revista sobrinicia. Nadie sabía la importancia efectiva del siniestro: dábase por cierta la muerte del *chauffeur*; creíase malherido al dueño del auto, el recién casado Marqués de la Toja; *favorecida* con lesiones menos graves á su esposa, y levemente contusionados D. Felicísimo y el coche, que sólo había sufrido ligeros desperfectos. Sólo un ameno reporter, á pesar de lo avanzado de la hora, tuvo tiempo de elegantizar la crónica, presagiando que «lógicamente, no tendría tan fácil compostura *el viejo material* del clubman distinguido, en la clínica, como el *chassis*, nuevecito y flamante, en el *garage*».

Los sobrinos, sin necesidad de tales agüeros, se ponían en lo peor. Cien veces habían previsto y lamentado las agravantes de cualquier accidente en un señor setentón, que podía verse desatendido en su última hora, no por falta de recursos ni de afectos (pues le sobran dineros y sobrinos), sino por su extraño vivir, incomunicado con la familia, en soledad temeraria, sin la cordial tutela que necesitan el niño cuando empieza y el viejo cuando acaba. Calcularon, sin ponerse de acuerdo, todas las contingencias de aquel vuelco, que, con ser el cuarto, era el primero que ocurría en Madrid, permitiendo la rápida intervención de la parentela; la falta de médico de cabecera, por la incurable *salud crónica* que disfrutaba el vejstorio; las deficiencias del servicio doméstico en una casa donde el dueño era mero transeunte, siempre volandero para comer, siempre viajando, y alguna vez durmiendo bajo techos más coquetones que los de su mansión histórica; la necesidad de enfermeros ó enfermeras competentes, y, por último, el deber moral de que no le faltaran los auxilios espirituales.

Nada se escapó á su previsión ni á su cariño. Y por eso, movilizando coches y tranvías, telefonistas y recaderos; teniendo que venir alguno á uña de caballo desde el Campamento de Carabanchel; vistiendo los unos de frac, los otros de campo, de uniforme ó de casa, resultó que, ocurrido el siniestro al anochecer en el camino del Pardo, curado el único superviviente, el superfeliz D. Felicísimo (como supo con asombro Madrid entero después del avance de la prensa), en la Casa de Socorro, y trasladado luego á su domicilio, antes de la media noche rodeaban el lecho del doliente:

Su primo carnal Jacobo Arnaldo, viudo, con la lucida prole de Jaime, Daniel, Aurora, Luz, Rosario y Carmelita.

Pedro, Leonor, Ángeles y Olegario Pastrana, con su madre D.^a María Ventura (hijos de su difunto primo Perico Pastrana).

Luis, Clemente, Bautista, Gaspar, Elena y Josefina Easo (hijos de su prima Clemencia Pastrana y D. Luis Easo, ambos fallecidos).

Joaquinito, Estrellita, Enriquito y Pepín Laborda (nietos de su prima Enriqueta Arnaldo).

Julio Ruiz, Juan Olías, Alberto Góngora y Manuel Portugalete (consortes de las nombradas Leonor, Carmelita, Luz y Elena).

Concha Gayo, Amparo Mora, Úrsula del Cerro, Teresa Jiménez y Eloisa Roger (esposas de Pedro, Jaime, Daniel, Gaspar y Clemente).

Mariano Dueñas (prometido de Rosario).

Don Narciso Celorio (padraastro de los pequeños Labordas).

Dos institutrices.

Un preceptor.

Un Hermano Camilo.

Dos Hermanitas enfermeras de dos casas diferentes.

El Dr. Juárez y el Padre agustino Fr. Benigno So-moza (suministrados por los Pastranas).

El Dr. Méndez y el Padre redentorista Gerardo Rizo (aportados por los Labordas).

El Dr. Miles y el Padre filipense Antolin Olmedo (entrenados por los Arnaldos).

El Dr. Bueno y el cura castrense D. Guillermo Ariza (requeridos por los Easos).

Y el médico de la Casa de Socorro. Éste, antes de la llegada de sus compañeros, quería, y no podía, retirarse: daba por terminada su misión; la importancia de las lesiones estaba en la edad del paciente; la reacción de su naturaleza era la mejor

cirugía; reposo, alimento y nada de emociones. Pero... ¡que si quieres! Cualquiera contenía el alud familiar. Era en vano impedir la entrada en la alcoba del enfermo. Todos, según iban llegando, querían tener impresión directa del semblante de su pariente. Renunciar á verle era indicio de tibieza.

Por fortuna, el buen viejo reposaba, y en el ínterin, las señoras, más resueltas y ejecutivas que los hombres, sin disputarse la unidad de mando, ya que sería confuso el mejor derecho, tomaban disposiciones contrapuestas, celosas de ganar para su estirpe mención honorífica en aquel certamen del cariño.

Como la casa ni tenía lumbre ni aparejos para ello, y no era fácil á tal hora improvisar una calefacción uniforme, vinieron como por el aire, de distintas casas, braseros y estufillas, y mientras unas sobrinas, avivando la lumbre, templaban el ambiente, otras, pareciéndoles muy recargado el aire por tantas respiraciones concentradas y el asfixiante sahumero del tabaco implacable, abrían los balcones, con aprobación de unos médicos y tímidas protestas de otros colegas de más tímida higiene.

Por eso, y por todo, el facultativo de la Beneficencia preguntaba insistentemente cuál de aquellos ínclitos compañeros era el de cabecera para hacerle entrega del enfermo, y supo, con tal motivo, las extravagancias del buen señor, que, por no hacerle falta, no tenía médico...

Comía, de ordinario, en círculos y *restaurants*; alguna vez en aristocráticas mesas, y nunca con la familia, pues hecha una excepción, tendría que contentar á todos, que eran muchos, y su tenaz soltería, como su vida errante, no eran obra del acaso, que á veces desvía un espíritu ordenado y casero de la órbita matrimonial, sino deliberada emancipación de las cadenas familiares, credo de una total independencia, horror á todas las monotonías, llevado al extremo de no abonarse ni suscribirse á nada, de no ir siempre al mismo casino, ni apartar para sí ninguna mesa en los comedores, ni servirse del mismo peluquero, ni contraer lo que llamaba *servidumbre de parroquiano* en ningún establecimiento.

Ni siquiera dormía siempre en su casa; muchas veces, por pereza ó capricho, pasaba la noche en un hotel. Viajaba constantemente desde su juventud, y, consecuente con sus principios, saludó con entusiasmo el advenimiento del auto á la vida locomóvil: el auto, como él, prescindía de los rieles.

Sin quehaceres ni negocios, dueño de una fortuna que, si sus sobrinos fueran capaces de fijarse en tales pequeñeces, hubieran calculado en poco más de cuatro milloncejos de pesetas, llevaba una vida activísima... de placer.

Además de las dos fuertes comidas principales, no perdonaba nunca el te vespertino y la «salida de teatro», cuando no se terciaban cenas de traspasnoche, con alegres comensales de ambos sexos. No fumaba más que habanos después de comer; cigarrillos egipcios á todo pasto, y una pipita de tabaco inglés al levantarse, para hacer boca... Y para contrarrestar esta acción desecante *necesitaba* remojar las fauces con las oportunas bebidas, que, aparte del vino de mesa, se reducían á la ginebrita de desayuno, un *coc-tail* á media mañana, el *vermouth* antes del almuerzo, las copitas de sobremesa, la quinquina preparatoria de la comida y media docena, á lo más, de *whiskys* ó *brandys* con soda, cervezas y *groggs*.

Este régimen, y setenta y siete años áuestas, los llevaba D. Felicísimo sin ayuda de aguas minerales ni de médicos. Si tenía achaques, él lo sabría, pero oficialmente nunca se dió por enfermo. Y el que quisiera oírle no tenía más que tocarle el tema de la «asistencia facultativa». Soltaba la sin hueso y decía que el mejor gobernante del mundo fué el emperador Tito, que mandó despachar de Roma á los oradores y á los médicos; contaba del emperador Adriano, que alcanzó muchos años de sana vida sin hacer uso de medicinas ni de médicos, y cuando, ya caduco, se dejó convencer y se puso en manos de la ciencia, le resultaron tanto más intolerables los remedios que los males, que, arrepentido, mandó poner en su sepulcro este epitafio: *Perii turba medicorum*.

Aguantó muy cortés esta cháchara el médico de la Casa de Socorro; pero como todo ello le importaba un bledo, y nada tenía que hacer donde cuatro eminencias iban á disputarse el preciado honor de estrenar á D. Felicísimo como cliente, dió media vuelta y se largó, dejando la impresión tranquilizadora de que las erosiones y rasguños carecían de importancia, y sólo podían temerse, sin ser probables, las complicaciones cerebrales ó cardíacas, consecuentes á la edad avanzada y á la fuerte conmoción sufrida.

Y cuando se disponían los sobrinos á tomar acuerdos ó soportar desacuerdos, constituyendo un directorio formado por un pariente, un Padre y un médico; llegó la grata nueva de que el enfermo había despertado y pedido un vaso de cognac con agua.

Entonces fué el apiñarse todos, en amoroso hemicycleo, junto al lecho del enfermo. Parecía que las pupilas del tío fueran el objetivo de una máquina fotográfica, y ninguno quisiera quedar desenfocado.

Don Felicísimo, como si despertara de una pesadilla, paseó absorto sus ojos mortecinos por aquella sarta de parientes y exclamó suspirando:

—¡Nada!... ¡Lo que yo temía!... ¡El cuadro clásico!... ¡Ya no sirve ni volcar en automóvil!... ¡Siempre la misma decoración angustiosa de agonía!

—¡¡¡Tío!!!—prorrumpieron á un tiempo multitud de voces.

—¡Queridas... moléculas!—repuso con voz desmayada el enfermo, dibujando una sonrisa picaresca. *(Silencio y expectación.)*

—Las moléculas son atraídas por la gravedad... como vosotros... ¿Para qué os habéis molestado? ¡Ja!... ¡Ja!

(Una tos oportuna cortó la risa molesta.)

—¡Tío!!... ¡¡¡Tío!!! ¡¡¡Tío!!!

Unas treinta voces le llamaron tío.

Cuatro médicos le pulsaron.

Varias mejillas se adornaron de lágrimas.

Y D. Felicísimo prosiguió:

—¡Que llamen en seguida á un notario!

(Sensación enorme.)

—¡Que llamen en seguida á un notario, para que levante acta de que ninguno de estos apreciables doctores ha venido por mi cuenta!

—¡Pero tío Felicí...!

—No hay tío que valga. Si venís á asistirme ¿por qué empezáis robándome?...
!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

(Tantas admiraciones como circunstancias.)

—¡No veis que me estais robando el aire, que es lo que más falta me hace? Dejadme solo. No muero de esta. Palabra de honor. Y no me tengáis á oscuras. Encended todas las lámparas. ¡Luz! ¡Alegría para vivir, para morir y para todo! ¡Fuera esa mise en scène horripilante!... ¡Caracoles con la familia previsora!... ¡Mediquitos para el alma y para el cuerpo! ¿Habéis escogido ya la funeraria?... ¡Dejadme queridos, dejadme!

(Gran parte de la familia obedece, desalojando la alcoba. Algunos enarcan las cejas y hacen signos, como lamentando que al tío le falte un tornillo.)

—Así... Así... Marchaos todos callandito... Obedecedme..., ó lo dejo todo á la Guardia civil... Pero ¿qué veo? Habéis encendido velas de cera ante el cuadro del despacho?... ¡Ja! ¡Ja! ¡No me hagáis reír! Pero ¡criaturas, si ese fraile pintado no es un santo! ¡Si es Rafael Calvo en *Don Álvaro!*... Tiene la mar de gracia... Pero no puedo más. Estoy molido, nada más que molido. No me hace falta nada extraordinario: cama, huevos crudos, cognac, y .. en un par de días mi *reprise*... ¡Cuánto siento que se hayan molestado estos buenos Padrecitos! Yo no los quiero mal... Que vengan..., que vengan mientras no pueda salir de casa y echaremos un tresillito barato... Ahora que me dejen reposar... Pero no faltéis ninguno mañana. Tengo que notificaros mi penúltima voluntad, sin cuyo cumplimiento nadie

será partícipe de... *la otra*, que ya está formalizada, para vuestra tranquilidad... ¡Hala! ¡Hala! Á descansar todos y yo el primero. ¡Que me den un *grog* bien caliente y... buenas noches!

II

En un comedor del Casino de Madrid. D. FELICÍSIMO acaba de almorzar solo. Mientras corta la punta del cigarro y complica el café con selectas gotas de Jamaica, entra y se acerca á la mesa D. BRUNO BAÑOS.

BRUNO.—¡Conque festejando solito su restablecimiento!

FELICÍSIMO.—Haciendo por la vida, que no es lo mismo. No tengo motivos que festejar.

BRUNO.—¿Le parece á usted poco? ¡Digo! ¡Librarse de un vuelco que ha costado la vida á tres personas!

FELICÍSIMO.—¿Y le parece á usted poca desgracia para mí? Ellos tan jóvenes tenían derecho á la vida; yo, en cambio, tenía derecho á una muerte tan felicísima...

BRUNO.—¡Admirable!... ¡Admirable postura! Sentimientos generosísimos que no hubiera rechazado ninguno de los interfectos.

ERNESTO JUÁREZ, entra y se acerca dando gritos.

ERNESTO.—¡Hola! ¡Hola! ¡Felices y redefelices, mi Sr. D. Felicísimo! ¡Sea bien resucitado el veterano simpaticón! ¡Camará! ¡Tiene usted más vidas que un gato! Usted ha tomado en serio la inmortalidad.

FELICÍSIMO.—Nadie se muere hasta que Dios quiere.
ERNESTO.—Pues usted debe de tener muchas influencias allá arriba... ¿Ha salido usted hoy por vez primera?

FELICÍSIMO.—No: fui ayer á saludar á los amigos del Nuevo Club. Dí luego un paseito y me retiré temprano.

BRUNO.—Total... ¿qué tiempo ha estado usted sin pisar la calle?

FELICÍSIMO.—Seis días mal contados...

ERNESTO.—Y aquí no ha pasado nada... Una carenita, y... ¡já vivir tan terne como antes!

BRUNO.—¡No! He cambiado de opinión: al entrar usted me hablaba del placer de morir.

ERNESTO.—¡Y las señas son mortales! Le veo tirando de un veguero, sorbiéndose un café, paladeando una copeja y creo que esa media botellita vacía es del acreditado veneno *Extra Dry*. ¡Preparándose á bien morir!

FELICÍSIMO.—No he tomado el cubierto del día, sino cuatro cositas sanas y tonificantes. Mis ostritas de siempre, mi *consommé*; un par de hue-

vos á la copa, dos filetitos de lenguado á la *crème*, un pastelito de espinacas, una calandria trufada, mi ensalada de berros, un poquito de Chester con mermelada de Frambuesa, unos granos de uvas, *pudding* al ron, que levanta á un muerto, media botellita de Chianti, otra media de Champagne, el cafetito y *sansacabó*.

ERNESTO.—Pues no lo comprendo.

FELICÍSIMO.—¿El qué?

ERNESTO.—Se me hace difícil que la digestión de ese piscolabis le haya despertado ideas mortuorias.

FELICÍSIMO.—No, querido; lo que yo dije al amigo D. Bruno es otra cosa. Me hablaba de mi vuelco, y yo calificaba de insensato el desenlace. Ellos, los jóvenes, ansiosos de vivir, se arrojaron del coche y fenecieron. Yo me abandoné deliciosamente..., dí por hecho el negocio de morir sin agonía..., cerré los ojos... entregrándome á Dios... ¡y vivo! Yo no tengo la culpa. ¿Se empeña Dios en que viva? Pues ¡a vivir! Pero eso no quita para que lamente haber perdido una ocasión excepcional de morir á mi gusto.

BRUNO.—¿Le molesta á usted la crisma y desea rompérsela?

FELICÍSIMO.—¿Cómo no? El progreso ha mejorado mucho las condiciones de la vida y tiene el deber moral de mejorar asimismo las condiciones de la muerte. Vamos por buen camino: tenemos á raya el infecto morir de la peste, de la lepra, de la viruela; ganamos terreno al tifus, al cáncer, á la avariosis; no suprimiremos la última página, pero será más decente. Y el porvenir acaso reserve á nuestra posteridad una transacción admirable: cambiar nuestro abominable microbio, por el traumatismo. ¡Si! Yo entreveo que la enfermedad de los ultrásiglos, será el siniestro. La mayor difusión de las vías férreas y marítimas, en estos últimos tiempos viene ya dando un hermoso contingente... El automóvil es un comisionista de la muerte. El aeroplano tiene ya sección diaria en la prensa para sus volteretas mortales. Por ahí va la cosa. Morir por explosión, derrumbamiento, naufragio, choque, *aterrissage*; morir sano y bien vestido y no sudoroso, cadavérico, en una alcoba mal oliente...

BRUNO.—Para ese resultado no hacen falta progresos. ¡Con suicidarse!...

FELICÍSIMO.—¡Ca! Pues ahí está la ventaja del siniestro! ¡Un suicidio sin culpa! ¡La voluntad de morir sin atentar uno mismo contra sí! ¡Es el ideal!

ERNESTO.—¡Vamos! Hablando tauromáquicamente, un suicidio... *recibiendo*. ¿No es eso?

BRUNO.—Si el amigo Arnaldo propala tales ideas, creerán que el batacazo no le ha dejado la cabeza sana.

FELICÍSIMO.—¡Qué disparate! La idea de un *bel morir* es vieja y bella... ¿Por qué, los que gustan de lo exquisito en la vida, no han de tener la noble aspiración de una muerte exquisita? Yo soy *gourmet* hasta en eso. El complemento de una larga vida, es una corta muerte. En la *struggle for life*, en la cruel batalla de la vida, el modo de morir establece notorias jerarquías, entre las mismas clases proletarias. La muerte del hortera, en el hospital ó en la polilga, es ruin, es ordinaria, es... sucia... repulsiva... desagradable... para él, y para los que le rodean. Mueren mejor el fogonero en su máquina, el piloto en su navio, el pescador en su barcaza, el *chauffeur* en su coche y el aviador...

ERNESTO.—Esa es la muerte más... *airosa* de todas.

FELICÍSIMO.—Pues sobre eso, que es ya una categoría, están la muerte del acróbata y del torero... ¡Al son de la música y de las palmas! Y hay todavía algo más elevado: la muerte del héroe y la del mártir. Eso es la perfección.

BRUNO.—Para sentar plaza, me parece que es ya algo tarde, amigo Arnaldo; pero aun puede que le admitieran como misionero evangélico...

FELICÍSIMO.—No aspiro á tanto; me limito á pedir á Dios una muerte abreviada. No es una *pose*, ni una extravagancia, ni una... chochez, como acaso estén sospechando mis nobles amigos. Pensando así, voy en buena compañía:

¡Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir!

¡Nunca se ha dicho nada más hermoso!

BRUNO.—¡Que dijera eso el pobre, en su tugurio, horrorizado por la miseria en que deja á la carne de su carne! ¡Pero usted! ¡Asistido con todo el *confort*! ¡Pudiendo congregar junto á su lecho un especialista para cada viscera! ¡Rodeado de parientes cariñosos!

ERNESTO.—En cuanto á eso... me ha contado un pajarito que los ha desheredado á todos...

FELICÍSIMO.—¡Disparates! Han oído campanas...

ERNESTO.—Vamos; pero algo hay...

FELICÍSIMO.—No hice más que tomar precauciones, para que no se repita el espectáculo, para mí odioso, de una grave enfermedad entre gentes de buen tono. Como la *última voluntad* no suele conocerse hasta después de la muerte, he dictado mi *penúltima voluntad*, que habrán de cumplir los que pretendan heredarme, si me coge entre ellos una grave enfermedad, y no tengo la suerte de que Dios me mande otra

voltereta más... brillante y *práctica* que la pasada.

ERNESTO.—Pero ¡hombre de Dios! ¡Eso es una hejreja! Otros solterones podrán tener miedo á morir abandonados; pero usted, con un familión como el que tiene, gente buena, cristiana y distinguida...

FELICÍSIMO.—¡Oh! ¡Sí! Eso *viste mucho*... á la hora de morir...

BRUNO.—Pero tiene razón Ernesto: sin perjuicio de seguir dándose una buena vida, puede tener entre su familia una muerte patriarcal.

FELICÍSIMO.—Precisamente la que deseo, en defecto de la... *otra*; pero, á mi modo, sin las rutinas y comedias en uso. Nada de recibir los Santos Sacramentos de mogollón, á última hora, entre lagrimones decorativos. ¡Vida alegre y alegre muerte! Un risueño adiós al mundo, y... ¡cara al Cielo!

ERNESTO.—¡Ah! ¡Vamos! ¡Ya entiendo! ¿Ha hecho usted un programa de festejos para su última hora?

FELICÍSIMO.—¡Precisamente! Ya que no pueda morir en un *dirigible*, haré dirigible mi agonía. En cuanto caiga enfermo, se constituirá un Notario á mi cabecera para levantar acta de si mis sobrinos cumplen ó no mi penúltima voluntad.

BRUNO.—¡Será curioso!

FELICÍSIMO.—Será ejemplar. Sólo que, amigos míos, ese programa no pienso ensayarlo por ahora. Este vuelquecito me ha servido de... *biómetro*, y tengo un saldo de vida á mi favor que... hay hombre para rato...

BRUNO.—¡Ya! ¡Ya!

FELICÍSIMO.—Conque... Con su permiso, voy á pasear este tenteempié á la Moncloa. Si ustedes gustan acompañarme, á la vuelta tomaremos un refrigerio en *Parisiána*.

III

Han pasado seis años. Don Felicísimo, pocos días antes de cumplir sus ochenta y tres, ha ido con varios amigos á una tirada de pichón. No toma parte en el concurso, pero tira sus tiritos, se orea, se distrae, abre el apetito, y lo cierra después como un valiente.

Sus sobrinos, ignorando la duración de la jira, le han teleografiado preguntándole «si estará de regreso en Madrid el día de su cumpleaños».

Y, con general asombro, no sólo contesta afirmativamente, sino que añade y ordena que, en tal día, vaya cada cual con su tribu á felicitarle.

Festejar en su casa el cumpleaños, era una novedad tan increíble que ni sobrinos sesentones recor-

daban precedente alguno; no sólo porque en la cocina del tío, como suele decirse, podían tomar el fresco los gatos, sino por ser una abdicación de quien nunca dió días á nadie, y huyó siempre de que se los dieran, ausentándose expreso de Madrid.

En los seis años transcurridos desde el vuelco famoso, hubo pérdidas de familia en las cuatro ramas sufragáneas de D. Felicísimo; pero las bajas, aunque sensibles, se habían cubierto *con superávit*, mediante los sacramentos combinados del matrimonio y el bautismo. Cinco de los sobrinos tenían ya nietos, de modo que las cuatro divisiones reforzadas entre sobrinos, resobrinos y consortes, daban un contingente de cuarenta sobrínaceos.

Los cuales, sin faltar uno, invadieron puntualísimamente el solariego caserón, de ruin fachada y magnificencias interiores dignas de restaurarse y de exhibirse.

Sin ponerse de acuerdo los parientes, por la humana propensión á ganar los afectos con finezas, todos llevaban regalitos delicados para el tío; y todos también coincidieron en conferir á los pequeños el honor de ofrendar al anciano los presentes.

La casa fué desconocida. En vez de los tres ó cuatro servidores indispensables que de ordinario bastaban á guardar una vivienda sólo de noche habitada por el dueño, había porteros con gran librea, lacayos, mozos de comedor, ayudas de cámara... y olor á cocina. Los muebles, desnudados de sus fundas, resucitaban grandezas históricas de la Casa; el ir y venir del mayordomo y de su improvisada servidumbre, indicaba preparativos de gran fiesta; además del viejo y afónico piano de gran cola, intacto medio siglo, veíase otro, moderno, en el gran despacho, lindante con la alcoba de D. Felicísimo. Y, sobre todo, lo extraordinario, lo... estupefactivo, era, que portal, escalera, recibimiento, corredores, salas y gabinetes estaban adornados con plantas majestuosas en fibores y macetas, y lindos ramilletes en chimeneas, repisas y centros de mesa.

El enjambre de parientes movíase atónito, curioseando tantas novedades, y aun el estupor subía de punto con la tardanza en hacerse visible *del señor de los días*.

La curiosidad tiene sexo propio, y mientras los hijos de Adán contenían su impaciencia por descifrar tantos misterios, una cuadrilla de hijas de Eva asaltó al mayordomo, preguntándole:

—Pero vamos á ver... ¿Qué significa todo esto? ¿Qué pasa? ¿Por qué no sale el tío? ¿Es que está en cama?

—En cama, precisamente, no; pero... no me gusta nada.

—¿Ha tenido algún ataque? ¿Se queja de algo?

—No; se está vistiendo y saldrá; pero...

—Pero ¿qué?...

Y el mayordomo, otro pergamino septuagenario, dijo con tono doctoral:

—No se queja de nada; come, *como él come*; duerme bien..., al parecer; ha dispuesto cuanto ven de nuevo las señoritas por sí mismo; pero... hay dos cosas que no me gustan. La primera, que llegó hace tres días, y no ha salido á la calle... *Malum signum!*... La segunda..., la voz ..

—¿Ronca?

—No.

—¿Gruñona?

—¡Al contrario! Una dulzura..., un apagamiento .. que..., no sé explicarme, pero yo me entiendo; y no me gusta, no me gusta... ¡Chiss! ¡Ahí le tienen ustedes!

Y apareció el anciano, pasmoso, magnífico, solemne, triunfal; vistiendo severa levita, calzando fino zapato de charol, enhiestas las plateadas guías del bigote, lustroso, peinado, erguido, rozagante.

Abrió los brazos, sonriente; grandes y pequeños se abalanzaron á él, y antes de un minuto, fué abatida la soberbia de su altivo mostacho, por obra y gracia de tantos besos recalcados, tantos abrazos prietos.

El gran señor sonreía, se dejaba acariciar, aguantaba el cariño tumultuoso, como si toda su vida hubiera ejercido el patriarcado entre aquella grey... de la que apenas conocía los nombres: y cuando, siempre pulcro, quiso reparar ante un espejo el desbarajusté de su atavío, vióse acorrido por oficiosas y blancas manecitas que, arrastrándole á un sillón bajo, le atusaban en tierna competencia los pelos desbandados, y ponían en orden su corbata.

—¡Viva! ¡Viva el tío!—clamaban los pequeñuelos.

Y poniéndole en medio hicieron corro y gritaron desaforadamente:

Tengo un cariño grandísimo
Á mi tío Felicísimo.
Que los tenga muy felices
Y nos convide á perdices.
Hoy cumple el tío, cabales,
Cuatro duros y tres reales.
Que cumpla cien deseamos
Y que todos lo veamos.

—¡Bravo! ¡Muy bien!—decían á voz en grito los mismos trovadores infantiles, palmoteando y repitiendo las coplas.

Don Felicísimo á todos hacía cara, prodigando sonrisas cariñosas con la equidad discreta que el caso requería, y nadie pudo dar cuerda á la envidia latente de las opuestas ramas familiares.

No hubo en este sentido molestas preferencias; pero un observador sagaz hubiera señalado... algo

así como indiferencia cortés para los caballeros; algo como *orientación habitual* hacia las buenas mozas y las mocitas en flor, y algo como ternura de abuelo para las parvulitas y parvulitos.

Oíase la voz gubernativa de los papás recomendando á sus respectivos vástagos (como suele decirse, *con la boca chiquita*) que dejaran tranquilo al tío, cuando lo cierto era que se les caía la baba contemplándoles, y hasta llamaban la atención del pariente sobre algunas diabluras que, á su ver, eran geniales.

En un relativo silencio pudo hacerse oír D. Felicísimo, que exclamó:

—¡Gente menuda! ¡Batallón infantil! ¡Diminutos Arnaldos! ¡Minúsculos Pastranas! ¡Mínimos Easos y pigmeos Labordas!... El comedor os espera. Allí encontraréis dulces y juguetes á discreción. Id un ratito. Los caballeres y las damiselas hagan música ó bailen en la sala. Los papás, las mamás y mis colegas los solterones quédense aquí conmigo.

Miradas autoritarias de los padres refrendaron las órdenes del tío, y evacuado el despacho por la gente joven, tocó el timbre D. Felicísimo, se hizo servir, como orador precavido, un mazagrán, y, recogiendo un momento su espíritu, habló así:

—Os habrá sorprendido esta convocatoria; no os apeéis de vuestro asombro, porque pienso maravillaros más. Hoy empieza á cumplirse el programa de mi *penúltima voluntad*... ¡Sí!... ¡No me interrumpáis! El programa de mi agonía... ¡Estoy en ella!... ¡Nada de pucheros! ¡Cuidadito!... El que me aflija con su aflicción me matará antes de tiempo. La letra de mi vida ha vencido ya. Que tarde horas ó días en pagarla... es lo mismo. (Pausa.) Hace una semana salí, como sabéis, con los Tellos, Aranas y Morantes á la finca de Arturo Valenzuela. La tirada tenía una novedad: en vez de jugarse una Copa de esas que llaman artísticas y no sirven ni para un museo ni para un comedor, el vencedor ganaría un lindo y sencillo juego de doce copas de Champagne de cristal de Bohemia y pie de oro repujado. ¡Una tontería de copas! Rumbos de Valenzuela que sabéis cómo las gasta. Y como éramos doce expedicionarios, el ganador había de brindar una vez por cada uno de los comensales, y cada comensal brindaría una vez. ¡Veintidós brindis! El cartel era sugestivo para mí. Me daba en la nariz olor á tragedia. ¡Pólvora, alcohol y gasolina! Tres armas de fuego, tres probabilidades de catástrofe. ¡Mi... obsesión! En vano mis creencias luchaban por arrojar de mi pensamiento ese deseo inhumano... Si no lo sabíais, sabedlo; desde hace años soy un suicida platónico. No me espanta la muerte; pero me horroriza ir á ella en diligencia, dando tumbos. La muerte es dulce; la enfermedad, odiosa; por eso me cuido, para vivir bien lo que me toque vivir;

por eso anhelaba un... telón rápido: el siniestro. Dios me ha castigado, como veréis...

Terminó la tirada sin incidentes; se apuraron las veintidós copas por barba, aunque yo hice mis trampejas... convidando al mantel á cada brindis. Ninguno llegó á pasar de un ligero nubladillo, pues todos están entrenados de sobra. Pero... llegaron las otras copitas... las que toman al café por encubridor... y ya entonces las bromas fueron á punta y filo, las discusiones detonantes, y yo me vi negro para imponer la paz entre Morante y Valenzuela, que estaban en el disparadero. Y lo que son las cosas; yo, que corté á tiempo un altercado, no me opuse minutos después á un reto. Derivó la conversación hacia el automovilismo, y Valenzuela dijo, entre otras cosas, que el coche de Julio Arana era un carromato de fantasía para darse pisto á la puerta de un casino; pero que á la hora de correr se llamaba Andana; es decir..., *anda... ná*. Replicó el otro, picado, que donde fuera Valenzuela con su torpedo iría él con su... carricoche, y que dos mil pesetas no le dejarían mentir. Se aceptó la apuesta y se convino en que el *record* consistiría en llegar al coto de Peralada y volver antes de la noche. Un disparate de cientos de kilómetros. Se puso luego á discusión quiénes iban á ir y quiénes á quedarse; y en ese tanteo daban por descontado que yo me quedaría. Pero nadie pudo vencer mi obstinación; yo había ido en el coche de Valenzuela y mi asiento no lo cedía. La primera parte del recorrido la ganamos; cuando Julio llegó á Peralada estábamos ya tomando una sangría de vino y limón que nos preparó el guarda. Si después de esa victoria parcial nos dejábamos ganar, *no teníamos perdón de Dios...* Era preciso, por tanto, apretar, echar toda la carne en el asador. Y yo, con la cabeza, ya bastante turbia por el recio vino de la sangría, iba diciendo entre mí: «Ó ahora ó nunca.»

Volábamos y... no pasaba nada; jamás, en mi larga vida automovilista, llegué á sentir la impresión de que iba transportado por el rayo. Ya quedaba poco... Unos diez ó doce kilómetros... Y mi cabeza erre que erre con la idea fija... «Pero ¿será posible que no pase nada?», me decía. Y resonó en lo alto la carcajada de la Providencia. «¿Quieres morir por siniestro? Pues muere tú solo.»

El auto, en una revuelta, se fué derecho al abismo. Cerré los ojos encantado, hice un acto de contrición y ofrecí mi alma á Dios. Pero un viraje monumental de nuestro mecánico libró el peligro y seguimos tan campantes sin que remotamente se nos acercara el otro. Todos se salvaron menos yo. Con apariencias de vida quedé muerto. La Providencia me dió por el gusto con un sarcasmo supremo; el vuelco de mi corazón fué mortal. La *panne* es definitiva. Mis compañeros me ovacionaron al llegar

por la increíble ecuanimidad que mostré en el trance. Y decían: «¡Si será fresco D. Felicísimo, que después del sustazo vino dormido!» ¡Dormido! ¡Si! Aquel sueño aparente y otra supuesta siestecita que *dicen* eché al día siguiente, fueron verdaderos colapsos. Tuve la certeza de que vendrían ya seguiditos y me quedaría en uno de ellos; me telegrafasteis entonces, y segurísimo de que ha llegado mi hora os convoqué para que realicemos lo que llamé mi *penúltima voluntad*. Quiero morir viviendo, no morir muriéndome. Quiero morir alegremente, como viví. Quiero que el torrente de vuestras vidas inunde mi alma. El que muere no es un condenado que llevan al patíbulo; es un viajero que regresa y se despide de sus compañeros de viaje. Á los ochenta y tres años sería estúpido abominar el mundo y mostrar ese desprecio á la vida de los pesimistas aburridos á lo Schopenhauer y Nietzsche. Ni la resignación austera de Marco Aurelio se acomoda á mi modo de sentir. Yo no he venido á este mundo á instancia propia; pero en el famoso valle de lágrimas me han tratado á cuerpo de rey y no he de ser ingrato á última hora como esos hipócritas que sólo se acuerdan del *vanitas vanitatum et omnia vanitas* en el lecho de muerte. ¡Creerán que engañan á Quien no puede engañarse ni engañarnos, repitiendo latines que no entienden! Sólo tienen derecho á despreciar y abominar este mundo los que viven, despreciándole, consagrados al amor divino. Pero... ¡atracarse de vida terrena, y cuando nos van á echar decir que son feas las películas que nos deleitaron! ¡Inicua confianza en un punto de contrición! Yo soy más consecuente; yo digo al Señor: «No desprecio ni maldigo el mundo que hicisteis complacido; me ha ido bien en él porque así lo habéis dispuesto, y no me importaría vivirle un par de siglos más; pero estoy pronto á volver á vuestro seno. Hágase tu santa voluntad.» (Pausa y sorbo de mazagrán.)

Hasta el último momento quiero rodearme de alegrías; reír, sin daño de nadie; ver cómo se aman los jóvenes, cómo juegan los niños. El desgraciado, cuando invoca á la muerte es por egoísmo; quiere soltar la camisa de fuerza. Yo, sin llamar á la muerte, la espero. Daré el último suspiro entre satisfacciones mundanales, entre el concertante de vuestros jolgorios, y mi voz interior orará, diciendo: «¡Señor! ¡Ya lo veís! Si cosas tan pequeñas me regocijan, mirad cómo gozaré de vuestra grandiosa presencia.» ¿Que no se reza así? Ya noto que alguna sobrina, teóloga y delinidora, me declara fuera de la ortodoxia. Pero no, queridas mías. Dios entiende todos los lenguajes y oye todas las voces. Acordaos de San Francisco, que exhortaba á los pajarillos del aire para que cantaran al Señor. Acordaos de aquel magnífico *Cántico del sol*, la mayor poesía

del Serafín de Asís, que tantas veces he repetido en el campo. Aquella alma sencilla invocaba, para que cantaran á Dios, *a tutte le creature; le fratre sole, la sora luna, le fratre ventu, le fratre focu, la sor'aqua y sora nostra matre terra*. El sol, la luna, el viento, el fuego, el agua y nuestra madre tierra, todos hermanos nuestros, alaben á Dios... Cada cual á su modo, y yo... al mío. Mi cántico ha de ser mundano. (Pausa.) Mas no creáis por eso que la Iglesia me cierra sus puertas. Hace poco, mientras me esperabais, me oía en confesión un Padre franciscano. Al oírme hablar lo mismo que os hablé, sonreía..., sonreía..., pero... ¡perdonaba!..., ¡perdonaba!... Y mañana, si vivo, recibiré al Señor. Por eso os convoqué; por eso, y porque luego, cuantas horas ó días viva, serán entre vosotros y vuestros hijos. ¡Nada de lloriqueos! Ya sabéis que es mi penúltima voluntad.

—Pero ¡tío! ¿Por qué no llama usted médicos?

—¿Médicos? *Vade retro!* Sólo he permitido que me vea uno, un instante, para autorizar la conveniencia de que me administren el Viático. Ya veis... por eso si la cosa es seria.

—¡Pues por lo mismo, tío! Y además, si se ha confesado, no es hora ya de rencores y antipatías...

—¡Calla! ¡Calla!... Dios perdonó en la cruz á sus enemigos, pero no les pagó honorarios porque le mataran.

IV

Nunca vió Madrid espectáculo semejante.

Don Felicísimo había hecho repartir circulares á todos sus amigos del gran mundo, á los consocios de sus círculos y al Cuerpo Colegiado de la Nobleza, invitándoles, con expresivo ruego, á que acompañaran al Viático á su domicilio.

Desde su sillón daba órdenes á deudos y criados para que su plan se ejecutase exactamente.

Si alguna sobrina, nerviosa, tierna ó... teatral, era sorprendida en flagrante delito de ilícito llanto, el tío, con suavidad imperiosa, rogábala que desapareciera de su vista para no perder, con algún chispazo de mal humor, la paz de su alma.

En la parroquia se formó un séquito pocas veces visto en tales casos. Mandó la casa de Rias uno de sus coches históricos para el sacerdote. Y fueron precediéndole á pie, procesionalmente, una lucida representación del todo Madrid; criados de antiguas casas, con sus libreas; conserjes de varias sociedades, con sus uniformes, y monteros del propio viaticado, con sus trajes de campo.

Una riquísima alfombra cubría la acera, y al llegar el cortejo á la puerta del viejo palacio, entró el Señor á los acordes de la Marcha Real, entre lluvia

de flores que arrojaban desde los balcones las sobrinillas del enfermo.

Todo de tal modo impuesto y dispuesto por él. Por el mismo D. Felicísimo, que, no yacente en la alcoba, sino de pie, rodeado de toda su parentela, vestido de frac, con el pecho cubierto de bandas, cruces é insignias, esperaba recibir en su casa y en su seno al Señor de señores, al Rey de reyes. *A tout seigneur tout honneur!*

Fueron unos instantes de indescriptible pompa y recogimiento.

Las almas se desbordaron y gimieron, repitiendo las preces.

Don Felicísimo, con una distinción suprema, con aplomo sorprendente, mantuvo el gesto bizarro...

Y al concluir el acto, al quedar solo con sus parientes, irradió en torno una sonrisa inefable, y exclamó:

—¡Pero no lloréis, no lloréis, tontines!... ¿Os parece que llevo mal compañero para el último viaje?

V

Dijérase que D. Felicísimo no tenía nada. Sus preparativos mortuorios, cuando pasaron días, cayeron en manos de la murmuración. La lógica pide que el que toma el Viático tiene obligación de morir. Preguntábanse las gentes cada día si había muerto *ya*; y la tensión novelesca se enervó por completo, aburrido el público, al cabo de una semana, del monótono parte diario: «El enfermo continúa en el mismo estado.»

—¡Si lo que ha tenido es un ataque de *mieditis!*— decían algunos.

—Ó un pretexto, *bien encontrado*, para rectificar su vida y añadir á su biografía una página de familia.

—Digamos mejor... «la penúltima chifladura»— replicaban otros.

Y no faltaban críticas de carácter dogmático, calificando de profanación aquel Viático aparatoso á un enfermo sin enfermedad.

Á este reparo, naturalmente, respondía la familia divulgando el asenso de un médico y del confesor, para quienes el estado de D. Felicísimo era tal, que «en cualquier momento podía quedarse muerto sin agonía».

Esta era también la certeza íntima de D. Felicísimo. Sentía en su interior que iba parándose el péndulo de su vida; pero vivía sin guardar cama, sin demudarse su rostro, gustando de tomar el sol en su balcón, cubierto de cristalillos de colores, conservando el oído y la voz, la vista y el olfato, el apetito y el sueño, la memoria y... ¡la risa! ¿Qué le faltaba? Voltaje. ¿Y qué le sobraba? Sueño. Una

tendencia á apagarse, combatida sin cesar por su plan terapéutico de radio-alegría.

Por eso la consigna de su familia era mantener viva su atención constantemente. Temía al sueño y á la soledad con su pensamiento. No le agradaba la monserga pesimista del alma medrosa, que, pese á todas las enterezas estudiadas, se resiste á volar hacia lo desconocido y se arrebujá en el cuerpo deleznable con el cual y por el cual conoció la vida.

Quería acallar el son lúgubre de su espíritu yerto con el estruendo de la vida.

Por eso no hacía comiditas de enfermo en su sillón y á solas, sino que, tarde y noche, le acompañaban por turno á la mesa, en formal y cotidiano banquete, sus sobrinos. Quería que éstos, sus mujeres é hijas continuaran yendo á fiestas de sociedad y al teatro, bajo la condición de pasar revista en su casa para recrearse con sus bellos tocados y lindos rostros. Ponía el veto á las músicas tristes, con gran despecho de su resobrina Marcela, que era una *virtuosa* en la citara. Y del mismo modo pedía á la pianola bailables y pasos dobles; á la guitarra, que punteaba su sobrino Curro Arnaldo, seguidillas alegres; al *cine* instalado en el gran salón, películas festivas, y cuando paraban en la calle los organillos, machacando los aires populares, hacía que los maridos bailasen con sus mujeres, los primos con las primas, mientras él, instintivamente, seguía el compás de los valsos con el cuerpo ó se marcaba un *schotis* con una chiquituela en las rodillas.

Hacia falta un elenco tan numeroso como el de su larga parentela para rellenar todas las horas del día con aquellas *variétés* continuas. No eran sólo músicas, danzas y vistas animadas su recreo; también había lugar para las letras; hacíase leer trozos escogidos; pero por un contraste singularísimo, cuando mejor se sentía de fuerzas, el día que casi olvidaba su estado, pedía él mismo páginas del Kempis, de la *Guía de pecadores*, de las *Profecías bíblicas*, ó las *Florejillas de San Francisco*, y cuando, por el contrario, se sentía mal y tenía miedo, disimulado exteriormente, se administraba en seguida los risueños tónicos del *Quijote*, de los amoríos de *capa y espada*, novelas picarescas, *Tartarin*, *El sombrero de tres picos* y cosas de Campoamor, el gran *felicísimo* pesimista...

Pero su mayor hechizo eran los pequeñuelos. Procuraba que un refuerzo diario mantuviese vivo el alboroto y la bullanga de la tropa infantil. Allí se celebraban corridas de toros con cuadrillas completas; fingíanse los tendidos con grandes sillones, en cuyos respaldos dejaban los *espadas* sus capotes de *lujo*; dábanse los piqueros, cabalgando en vigorosos primos, tumbos y batacazos de una rea-

lidad á veces *chichonesca*; poníanse banderillas vistosas de papel picado por las *manolas*, que se adornaban para la fiesta taurina con mantillas blancas; concedíanse *orejas* á porrillo, y no estaban de más, pues, como es propio del espectáculo, menudeaban las *brincas*, y acababan los lidiadores por tirarse de las orejas...

Diéronse otros días batallas campales, disparando cañoncitos *de verdad*, y vistiendo los esforzados guerreros uniformes de todas las naciones, y algunos más de inventiva maternal. Cantábanse himnos escolares; hízose una noche grandiosa retreta con profusión de farolillos; representábanse escenas teatrales, con previa censura de D. Felicísimo, que aconsejó *El Tenorio* y *La varita de virtudes*, é impuso *El puñal del godó*, encanto atávico de su generación, ya fenecida.

Otro éxito de los chicos fué la parodia grotesca de un mítin anarquista, terminado por un ataque á la despensa.

En vano parte de la familia quería refrenar el *trop de zèle* de los muchachos; su tío, como las niñas, en el juego de la comba decía:

—¡Tocino! ¡Tocino! ¡Andé el movimiento!

Y apaleaban de firme los tambores; hinchaban sus molletes, soplando en estridentes cornetines; hacían añicos las panderetas, golpeándolas en la cabeza, en los codos, las rodillas y... en otros lugares más blandos y espaciosos; restallaban látigos; chillaban en las manos ahuecadas, imitando el silbido del tren; remedaban la sirena del automóvil; y, á pesar de todo, muchas veces, mientras uno le investía con una montera de papel, una mozuela mellosilla fingía rizarle las guías del bigote, y otro parvulísimo en los brazos le... *irrigaba* cálidamente el pantalón... Don Felicísimo dormía...

En aquella galería de espectáculos animados, ¿cómo iban á faltar los juegos de carácter religioso? Todos ellos, Arnaldos y Pastranas, Easos y Labordas, eran ciudadanos espirituales de Roma; y si, por pequeña excepción, en los entronques más recientes había algunos *espritus fuertes* inficionados por las ideas positivistas, no por eso impedían que su prole tomara parte en los jolgorios eclesiásticos.

Había que ver hasta dónde llegaban las católicas madres, en febril competencia, para dar brillo y realce á las sagradas pantomimas. Se empezó por un tinglado sencillo, que carpintearon con cajas de tabaco los mañosos rapaces, y uno de los chicos, que tenía casulla, celebró la primera Misa. Pero entró la emulación: compráronse imágenes de barro fino, candeleros, atriles, cálices, vinajeras, sacras arañas, velas rizadas, de colores; cortáronse y cosiéronse, allí mismo, variados ornamentos, con retazos de vestidos de corte y encajes arrancados de

prendas mundanales, luciéndose las muchachas con los bordados simbólicos en albas y amitos, sabanillas y corporales. Y pronto pareció poco esto: se encargó un retablo *de verdad*, con graderías, sagrario, tabernáculo, ara y frontal. Sin más diferencia que la del tamaño, hiciéronse construir andas, ciriales, mangas, estandartes, cruces alzadas, palio, cepillo de las ánimas, pilas de agua bendita y un púlpito para ensayar los más avispados sus dotes oratorias. Hubo campanario, cuyo volteo era disputadísimo, capas pluviales, casullas de todos los colores rituales, cíngulos, estolas, roquetes, sobrepelices, mitras, báculos, hisopos, patenas, copones, y... ¡el más grato de todos los adminículos!... ¡el incensario!, causa de algunas colisiones infantiles.

Aquello llegó á convertirse en un Sínodo, porque todos los renacuajos (¡serían tontos!) querían ser Obispos; y ya la humildad de los primeros tiempos de aquella Iglesia fué trocando en vanidades, viéndose todos los bonetes con borlas de color, y luciendo algunos en las procesiones magníficos anillos y pectorales. Para alivio de envidias hubo que celebrar entre casa y casa un concordato por el cual se rigiera el turno del ejercicio episcopal; pero la memoria era poca ó la ambición mucha: las cuentas no salían bien siempre; trabábase de palabras, surgía la gresca, tiraba uno de un báculo que defendía otro, llovían los mamporros, y acababa la fiesta, como suele decirse del Rosario de la aurora, dejando por el suelo las desgarradas vestiduras, apagando á soplos rabiosos todas las velas, y recibiendo algunos buenas tundas canónicas de sus madres..., mientras D. Felicísimo se moría de risa en aquella batahola, y calmaba los ánimos repartiendo entre aquellos clérigos menores sendas pesetillas.

Un día.., sonó en la calle el pregón característico:

—¡Aleluyas finas! ¡Aleluyas! ¡Que va á pasar Dios! ¡Aleluyas!

Y, al oirlo, toda la gente menuda que, como domingo, estaba *au grand complet*, se puso en movimiento. Unos, á comprar manos y manos de pliegos de aleluyas; otros, á leerlas y cortarlas; las madres, á encargar flores y á cubrir con tapices los balcones. Pasó el *Dios Grande* de largo sin dar la comunión en aquella calle, y, de pronto, surgió la idea entre los chicos de organizar una procesión en la casa. Dicho y hecho.

Se anunció por pasillos y dependencias de la

casa, con una gran campana, el próximo paso de la comitiva. Unos, con el sobrante de los pliegos, iban repitiendo el pregón:

—¡Aleluyas!

Mientras, otros preparaban el altar, se revestían, y encargaban á una prima *de las mayores* que tocara al piano la *Marcha Real*.

Don Felicísimo contemplaba, siempre encantado, aquellos preparativos, teniendo en una y otra pierna dos sobrinillas que, á un tiempo, le deletreaban distintas aleluyas.

Salió la procesión, con la proverbial magnificencia de aquella diócesis mínima, recorriendo el mayor trayecto posible dentro de la casa y no perdonando ningún detalle, pues hasta un cochecillo de mano que servía para trasladar al tío de unas á otras habitaciones fué utilizado para el menudo sacerdote oficiante. Volvió de regreso al despacho la piadosa comitiva, nutrida con el séquito de padres, madres, hermanos mayores y sirvientes, todos con tan cándida alegría asociados á tales inocentes juegos, que señoras y criadas cubrían sus cabezas con velillos y pañuelos, y algunas iban con velas encendidas acompañando al cortejo infantil, y hasta podría jurarse, sin pecado, que había madres piadosas que rezaban de veras, pidiendo á Dios que aquellos minúsculos oficiantes no se apartaran en su mocedad de tales prácticas piadosas.

Al pasar ante el tío, era obligado el saludo reverente, después del cual iban los chicos acomodándose en derredor y postrándose de rodillas; pero al apearse del coche el curita oficiante y dirigirse hacia el enfermo, acaso para extremar con inocente irreverencia el religioso simulacro, vieron todos que D. Felicísimo adelantó el cuerpo, abrió desmesuradamente los ojos, y, sosteniendo con cada brazo una chiquilla como si estuviera entre dos ángeles, volvió á recostarse en el sillón, sonrió..., sonrió... beatífico y quedó dormido.

Quisieron despertarle; era la hora de merendar; él mismo además exigía que no le dejaran dormir entre horas. Le llamaban y no respondía. «¿Sí? ¡Pues ahora verás!», dijeron los niños, metiendo mano á los tambores, repicando el campanario y llamándole á gritos.

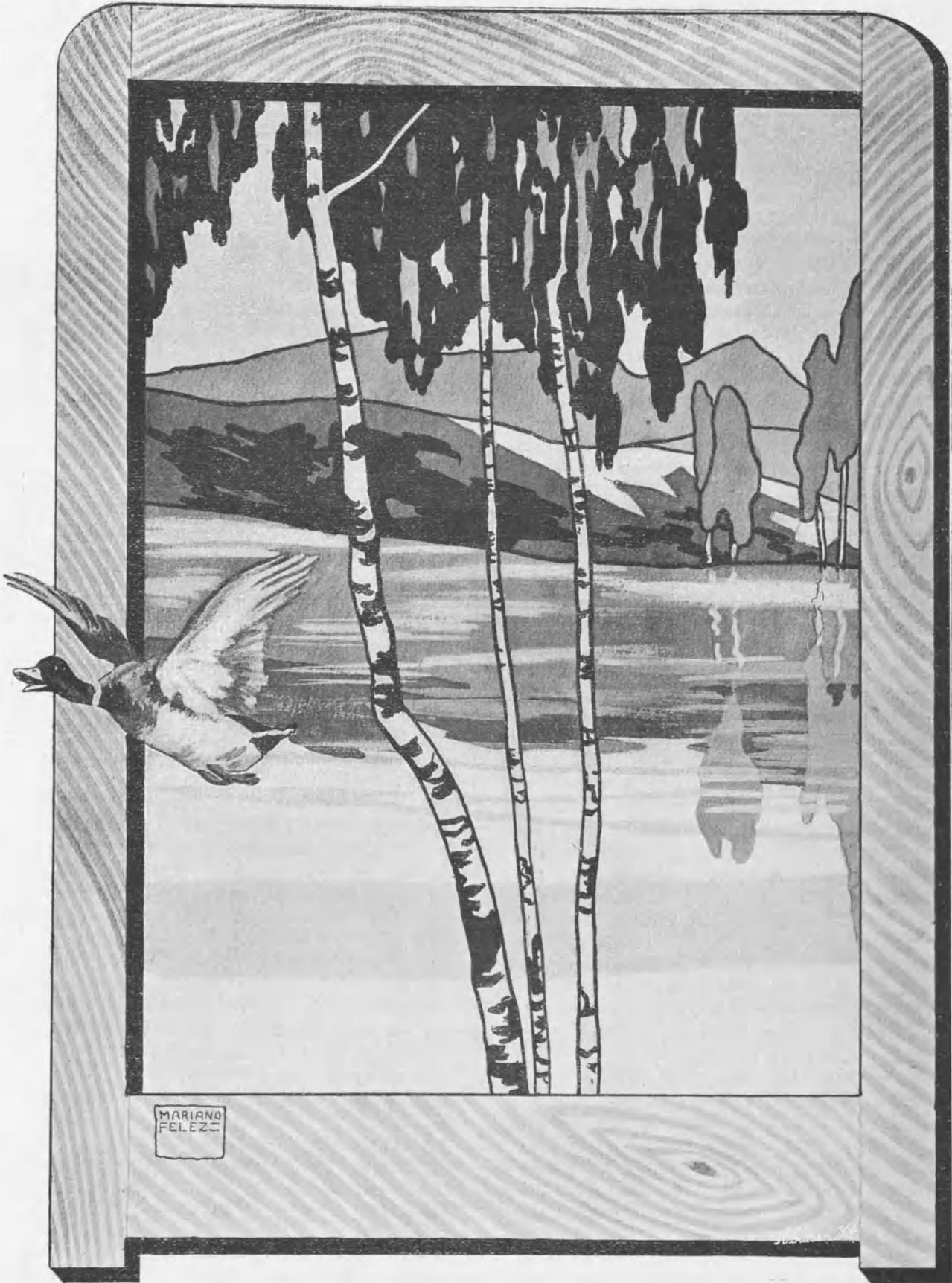
Pero D. Felicísimo, caída la cabeza sobre el pecho, teniendo un querubín en cada rodilla, dormía..., dormía..., entre el redoble y el repique ..

Y aun duerme.

Allá nos espere muchos años.

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.

549



MARIANO
FELEZZ

== El día.

PACITA NO SE CASA

CARTA DE PACITA MORENO
A SU AMIGA JULIA SIGRÁS:

«Te extrañará, muñeco, que no haya contestado antes á tu carta; pero, hija, entre bailes, paseatas, teatros, pretendientes, mamás de pretendientes, hermanas de pretendientes y pensar en los pretendientes se me pasan las horas que es una bendición.

«Es mucho cuento esté de que mis dotes personales—según ellos—y mi dote personal—según yo—impongan á todo hombre que me conozca la enfadosa obligación de hacerme el amor.

«Tú bien sabes que este viaje de ahora lo hice casi de incógnito, porque quería andar sola, sin más grata compañía que la de mamá, por todo Madrid. Pues no ha sido posible.

«Á veces esta obsesión de los hombres hacia mi dinero me causa mucha pena. Tengo lástima de mí misma.

«No, no te rías, Julia. Me tengo lástima de ser rica. Quisiera ser hija de un empleado, que conociese más de cerca la vida y lo que es no tener criada cuando el papá está cesante y lo que es dilatar la boda hasta cuando consiga el novio plaza en unas oposiciones de 2.000 pesetas.

«Á mí, en cambio, me sucede lo contrario. Ya sabes con qué ensañamiento se confabuló nuestra ciudad contra mí en cuanto me bajaron las faldas y me subieron el pelo. Primero las secretas combinaciones familiares, que unirían dos capitales fuertes ó destruirían la vieja hostilidad entre demócratas y conservadores. Después los propósitos individuales: el gobernador joven que salió de un periódico madrileño á la conquista de un acta provincial y de la Diputación á la conquista de una mujer rica; el teniente, que se encuentra cierta gallardía irresistible de estampa del *Simplicissimus* alemán; el poeta, que por el simple hecho de llevarme del brazo al escenario con un frac prestado y una poesía..., tal vez prestada también, se cree con derecho á ser Rey consorte de los Juegos Florales.

«No ignoras cómo recibí yo todas esas prematuras manifestaciones de egoísmo.

«Parte porque todavía me retozaba la niñez dentro del cuerpo; parte por el ejemplo desgraciado de mis dos hermanas mayores, el caso es que he logrado hacerme antipática entre mis paisanos, y atribuyen á orgullo lo que es miedo, y á desdén lo que no sabe ser más que pena.

«¡Ay, muñeco, muñeco! ¿Por qué no había de ser la vida como esos cuentos de hadas que nos mienten las madres y los libros del internado? ¿Por qué

no había de poder yo, como la princesita que buscó marido disfrazada de mendiga, sin más verdad que su cara bonita para enamorarle, encontrar ese marido?

«¡Con qué gusto le diría luego al buen muchacho que me hubiese querido por mí misma: «Ahora, señor mío, nada de privaciones, nada de *contigo pan y cebolla*. Soy rica, muy rica...», como tú no lo pudiste soñar nunca, viéndome tan humilde.»

«Pero, ¡ay!, que ningún pretendiente ignora al acercarse á mí la posición de mis padres, lo que heredaré cuando muera abuelita Amalia y tita Rosa y madrina; de lo que puede servirles la senaduría vitalicia de papá y su alto prestigio político.

«Y, sin embargo, ¿por qué no ha de haber entre tantos que me dicen lo mismo, con parecidas palabras, alguno á quien realmente le guste yo, sola yo, sin dineros y sin fincas, y sin porvenir de herencias, y sin nepotismos—¿no se dice *nepotismos*?—políticos?

«Lo habrá, hija; pero yo no he sabido encontrarle ni comprenderle. No sé á cómo suena la sinceridad. Ignoro si los ojos que me miran codician mi fortuna ó mi personita.

«Consulto á mi madre, y mi madre, tan buena, tan deseosa de que yo sea feliz, no quiere aconsejarme.

«—Á tu elección lo dejo—dice.—Tu padre y yo no queremos más que un hombre que sea trabajador, aunque no gane más que cuatro pesetas.

«Y á esto pienso yo: «Muy bien; pero ¡hay tantos hombres trabajadores por necesidad, que no trabajarían en cuanto tuvieran la vida asegurada!»

«Figúrate, Julia, mis murrias, mi desesperación, mis desvelos en esta cama de hotel cuando me quedo sola y pienso en que voy á cumplir veintiocho años, en que tita Rosa y madrina y mis padres no pueden ser eternos, y que voy camino de ser una solterona, como lo son madrina y tita Rosa...

«Claro es que también tengo fama de coqueta, que á todos sonrío y que á muchos dejo concebir esperanzas. Pues bien: no es coquetería, es deseo de creer, es necesidad de fe, un ansia desmedida de ser feliz, de buscar entre tanta palabrería galante unos labios que sepan callar á tiempo y unos ojos serenos donde yo no vea la mentira.

«Ahora tengo cuatro pretendientes nada menos. Cuatro que son los más adelantados, porque todavía no recibieron ninguna negativa.

«Un diplomático, un militar, un conde y un poeta.

«El diplomático es joven, correcto, ha estado siempre en buenas embajadas europeas, y todo en él resulta de una aristocrática frialdad; á pesar de lo cual, como ahora viene de París, sabe bailar la danza del oso y el tango argentino.

«El militar es un capitán de Caballería, impetuoso

y gallardo. Tiene unos bigotes rubios estupendos. Habla con mucho fuego, y á no ser porque está muy bien educado, ya hubiese roto violentamente las hostilidades con los otros tres.

»El conde es muy divertido. Ya maduro, pulcro, un poquito tacaño. Hombre de larga historia amorosa, que tal vez venga á mi atraído por la simpática frescura de mis diez y ocho años, como elixir de vida para sus cuarenta y tantos... largos de talle.

»El poeta no es de los necios ni de los locos. Es de buena familia; es no sé qué del Ateneo y de la Juventud conservadora, y me ha mandado un ramo de rosas amarillas, con un soneto que no resisto la tentación de copiártelo.

»Dice así mi cuarto pretendiente:

»Quisiera ser jardín y darte flores,
»Agua de fuente que tu sed calmara,
»Odiarte algún momento, para
»Gozar el desamor de tus amores.

»Que siendo yo jardín que te dé flores,
»Y siendo de tu sed la fuente clara,
»Tal vez, odiándote, te amara
»Con el más fuerte amor de los amores.

»Es dulce suerte, para mí negada,
»Ser fuente y ser por ti buscada,
»Y ser umbria de jardín doliente.

»Que amor es sed y es ansia no calmada
»De algo, que es todo, pareciendo nada:
»Una flor de jardín y agua de fuente.»

»¿Verdad que suenan bien y son más agradables que los que suelen escribir nuestros dos poetas de ahí para disputarse anualmente la flor natural?

»Bueno, pues... ¿quieres que te diga cuál de mis

pretendientes me gusta? Los cuatro. ¿Cuál de ellos me parece más sincero? Ninguno.

»El diplomático está empezando su carrera y no anda muy sobrado de dinero para vestir y aderezar su cargo honorario.

»El militar ha arruinado en holgorios y calaveradas á sus padres.

»El conde, aunque millonario, piensa en su vejez, entregado á... sabe Dios qué mujeres, y se acuerda de aquello de las «sopitas y buen vino».

»El poeta sabe que es guapo, que tiene talento, y esto le da una vanidad espantosa.

»¿Qué hago, muñeco, qué hago? Te aseguro que estoy seriamente fastidiada.

»Porque no te lo he dicho todo. Á veces he conocido algún muchacho discreto y simpático, que, ó bien me siguió en la calle, ó se puso a mirar á mi palco desde una butaca de la Princesa, ó á quien simplemente conocí por ser pariente de amigos de mi casa...

»Tal vez fuera alguno de esos muchachos el marido ideal.

»Pero ó no me han dicho nada, ó se retiraron los muy cobardes al encontrarse con una mujer rica que humillaba su orgullo de pobres.

»Ó consultaron su dignidad, ó consultaron su bolsillo. De todos modos, el caso es que se apartaron de mí.

»¿Ves, Julia, cómo me sobran motivos para preocuparme y tenerme lástima á mí misma?

»Compadéceme y aconséjame, que buena falta me hacen ambas cosas.

»Muchos recuerdos á tu novio, y muchos besos para ti de tu buena amiga—Paz.»

JOSÉ FRANCÉS.





PRIMERAS CONFIDENCIAS

De fotografía.

ETERNA LEY

HAY tardes, al comenzar el otoño, tan divinamente serenas y apacibles, que engendran en el ánimo algo semejante á ellas. Nuestra alma parece flotar en un ambiente de dulzura, no ajena á cierta melancolía noble, que no deprime el ánimo. La majestad con que declina el sol; la radiosa belleza del cielo, cuyo zafiro claro se rafaguea de encendidas fajas de oro rojo; la cristalina resonancia de los ruidos del campo; la tinta sombría que adquieren los árboles; el soplo sutil que estremece las hojas de las madreselvas..., predisponen á contemplación y dictan altos pensamientos y generosas visiones del porvenir.

Así nos sucedió. Salíamos de la romería de Santa Tecla, y antes de desviarnos del monte donde se alza el santuario, nos habíamos sentado en unas piedras, al borde del pinar, dominando la pintoresca vista del valle, ya medio velado por las sombras grises del crepúsculo, y oyendo tan sólo, como se oye desde lejos el retumbo del mar, el rumoreo del gentío aldeano, que hormigueaba en torno del santuario, formando corro alrededor del mocerío, que danzaba y retozaba con las *rapaciñas*. De vez en cuando nos llegaban, melódicos á causa de la distancia, repiques de pandero, quejidos semialegres de gaita, algún grito estridente que interrumpía los cantares. Y la luna, esfumada como toque gracioso de acuarela, empezaba á redondearse, fina y suelta, sobre el celaje desmayado.

Platicando, fantaseábamos lo que había sido el mundo hasta tiempos recientes, lo que debiera ser ya, lo que llegaría á ser. Todos nos sentíamos un poco humanitarios. Desde la amiga inglesa, que había venido á vernos en el curso de un viaje de turismo, hasta el joven periodista en vacaciones, que contaba con la «impresión» de la romería para un bonito artículo descriptivo y campestre, maldecíamos de la guerra, que se lleva á la juventud campesina á morir en abrasadas y estériles llanuras, y desarrollábamos teorías pacifistas, que nos ponían el corazón ligero y permeable como una esponja. No estábamos, no, por el derramamiento de sangre, y no dejó de escandalizarnos un poco que el cura párroco, que nos acompañaba, disintiese. Era el cura hombre de instrucción escasa, pero vivo y despabilado como candil de vieja, y conocía perfectamente, era su frase, á «aquel ganado»...

— Bueno — decía, mientras arrancaba, jugando, brezos, gramíneas y manzanillas, que se alzaban á sus pies; — ustedes hablan como personas de la ciudad... Yo no digo que todo eso, para hablado, no

sea muy bonito. Pero cuando dos tienen intereses encontrados, ¿cómo se arreglan, á ver, en todas partes? Las cosas que han pasado desde que el mundo es mundo seguirán pasando hasta que se acabe, porque están, ¿me explico?, en su manera de ser... No se rían de este pobre clérigo... Todos, sabios é ignorantes, nos hemos hecho nuestra composición de lugar... Paz universal, la habrá tan sólo al ser ángeles los hombres.

Nos parecieron en extremo vulgares y resobados los argumentos del párroco; pero estaba en nuestra cortesía no dejarlo ver y disimular nuestra superioridad de criterio, y lo hicimos, reconociendo que la experiencia también debe tenerse en cuenta para todo.

— Vean — nos dijo — si sigue habiendo guerras. Esta de los Balkanes no ha sido moco de pavo. Y colea, y ha de colear hasta sabe Dios... ¡Pues si nunca hubo más armamentos, ni más cañones, hombre! Eso de la paz será excelente; pero mientras haya una nación que pida camorra, las otras estarán al quién vive. Y la guerra no la hay sólo de nación á nación. Aquí la tenemos de parroquia á parroquia, y, si me apuran, de mozo á mozo...

Á tiempo que esto decía, vimos surgir, ascendiendo del sendero en cuesta, rápida, una figura arrogante; un fornido labriego que de veinte años no pasaría, pues era su cara lampiña y hermosa, como de mujer. Llevaba al hombro la chaqueta parda; su chaleco era rojo; sus pantalones, de pana aceituna. Aunque no vestía rigurosamente el traje del país, que cada día va perdiéndose, y aunque en lugar de la montera picuda con su airón de pluma de pavo real, cubriese su cabeza la vulgar boina, era una aparición en extremo típica, y todos dijimos á la vez:

— ¡Vaya un muchacho guapo!

El cura le llamó familiarmente.

— Hola, Juliane... ¿Qué es eso? ¿Cómo tan tarde á la fiesta?

Descubriéndose, y deteniéndose, el mozo, después de indecisiones, soltó esta respuesta ambigua:

— Ahí está... ¡Qué sé yo!...

Le mirábamos, admirando el ejemplar. La estatura, las formas eran atléticas; pero el semblante, apenas curtido por el sol, tenía la corrección y el modelado de una estatua antigua. Un bozo rubio empezaba á sombrear los labios de cereza, y los ojos, de oscuro y profundo azul, eran grandes y candorosos. El pelo, rizado, color de miel, que se vió al quitarse el galán su fea boina, completaba la perfección de la testa y su carácter de modelo artístico.

— Vaya, á mí no me digas... Es que tu madre no te dejaba venir, para que no te encuentres con el

Corvo, que te la tiene jurada. Y te escapaste, por la ventana á lo mejor. Sois el díaño los rapaces por ir detrás de una rapaza.

Movió la cabeza el muchacho, como para excusarse; bajó los ojos, alicortado, y un tono de fuego se extendió por sus mejillas, delicadas aún.

—Vay; bueno, hom; no te avergüences... Las rapazas bonitas á todos gustan, y Marica de Sanguiño es como una rosa de Mayo... Con todo, tú no te metas en fregados, que el Corvo es un mala alma.

Con la misma cortedad, el mozo volvió á descubrirse, á manera de despedida. Le estábamos haciendo un tercio de los diablos dándole conversación. Apretó el paso, como si luyese.

—No me chista—advirtió el párroco—esta escapatoria. La fiesta iba en paz..., pero quiera Dios que no haya gresca aún esta tarde. Y si no la hubiese, sería el primer año... No suele acabarse la romería de Santa Tecla sin trompadas. Tienen á gala romperse las cabezas, y como por lo regular son duras, á los tres días de abierto el cráneo van como si tal cosa á arar ó á sachar. Á este mozo se la guardan los de Migoeiro, porque como es tan bonito, se pierden por él las mozas. Milagro será...

Como si los temores del cura fuesen un conjuro, oímos, desgarrando la placidez de la muriente tarde, una especie de grito retador, salvaje, violento, proferido por una docena de voces:

—¡Ey! ¡Viva Migoeiro!

Y casi inmediatamente—el tiempo necesario para concertarse, que en tales casos siempre es un minuto—contestó el otro grito de aceptación de riña:

—¡Rayo! ¡Viva Rapela!

—¡Vaya, ya se armó!—exclamó el cura, levantándose.—Les aconsejo que se retiren. En estas trifulcas siempre hay que temer que se pierda un estacazo y se lo encuentre quien menos debiera. Y que los muy jumentos, metidos en zambra, ya no respetan á nadie.

Bueno era el consejo, pero no lo seguimos (es la suerte que suelen correr los consejos buenos). Nos detenía allí la curiosidad, el interés que despierta toda lucha. Y hasta hicimos lo contrario: acercár-

nos al lugar donde se desarrollaba el drama. El vocerío era ensordecedor: se oían chillidos de mujeres, imprecaciones de apaleados, llantos de chiquillos; el tamboril, la gaita y la flauta habían enmudecido, y allá, á lo lejos, se veía correr, afaenada, á la pareja de la guardia civil, que no acertaba dónde empezar á poner paces. Nadie sabía ya contra quién llovían palos, puñadas y coces; seguramente no existía en todo ello rencor; si acaso, la bravata de parroquia á parroquia, recuerdo quizá atávico de las viejas luchas tribales, y otra cosa: el gusto discutible, singular, todo lo que se quiera, pero innegable, de romperse la crisma.

Vimos un momento á Juliane, metido en harina, agarrado con el Corvo, hombrachón de corta estatura. Entre los dos sí que había algo: la rivalidad del gallo con el gallito nuevo y ya peleador, las coquetterías rústicas de la mozuela, que ahora, con agudos jipidos, corría á ponerse en salvo detrás de la pinarada. Un turbión de gente envolvió al grupo que forcejeaba, y oímos—entre tantos ruidos diversos—el inconfundible de una detonación.

Cuando sucede algo grave, las grescas suelen interrumpirse súbitamente. Así sucedió. Hubo ayes de verdadero horror, voces de «socorro, ¡que han matado á un cristiano!» Corrimos, ya sugestionados por el drama...

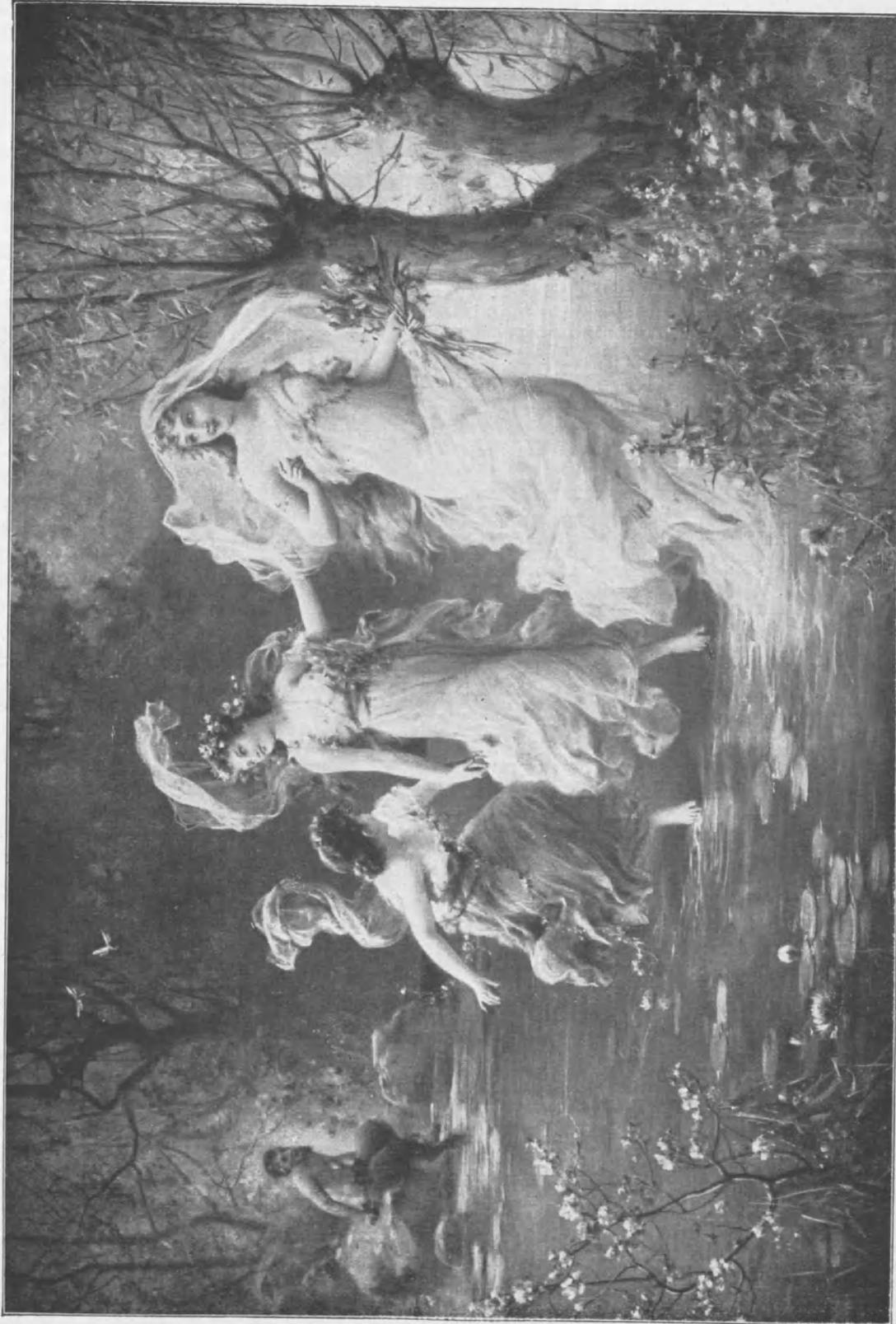
La guardia civil acababa de echar mano al homicida. El mozo, Juliane, estaba blanco como una azucena; la muerte debía de haber sido instantánea, y el tiro, á través del cráneo, casi á quemarropa. Las mujeres zollipaban. Nosotros callábamos, aterrados, mirando á aquel sér que tan temprano veía la orilla del lago de los muertos y bajaría á la Estigia llorando su juventud floreciente... Y pensábamos en la madre, en la que no había querido dejarle salir aquella tarde, y que, al cabo, fué burlada...

Y el cura, demudado, inclinándose por si quedaba un resto de vida que permitiese auxiliar al espíritu, ya tan lejos del triste despojo, lamentó:

—¡Á ver! ¿No valía más que fuese en la guerra?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.





PRIMAVERA

Cuadro de Zaska.



SEGOVIA

Pedrero
La Montanilla.

EL SUEÑO DE NICO

NICOMEDES GARCÍA (Nico, según le llamábamos), era un ser insignificante, un pobrecito hombre, condenado de por vida á remar en la galera del Destitino, harto más pesada que la turquesca del forzado de Dragut.

Casado, padre de cuatro criaturitas anémicas, este malaventurado Nico dejaba deslizar, pesada, monótonamente su existencia como «contable», de los de ínfima categoría, en un Banco: entró ganando veinte duros mensuales de sueldo, y á los tres lustros, eran veinticinco los que recibía todos los primeros de mes.

Si sois «cabeza de familia», advertiréis que con cuatro pesetas diarias, céntimos más, céntimos menos, ni el genial Pitágoras, ni el portentoso Newton, resolverían el problema de pagar el alquiler de la casa, la luz, la comida, vestir, calzar y los impuestos de cédula, botica, etc., de seis personas. Nico, que es hombre habilidoso, que igual lleva una contabilidad por partida doble, que da lecciones de música, dedica las horas que le deja libre la oficina á ser «tenedor» en una carbonería de las de lujo, y á enseñar el divino arte á dos niñas cursis, con lo cual, desde las diez de la mañana á las diez de la noche transcurre el tiempo para Nico con las narices sobre los libracos de la contabilidad ó sobre las teclas de un piano. Con los diez duros de la carbonería y los cuatro de las lecciones musicales, son, salvo error ú omisión, treinta y nueve duros los que esta infeliz hormiga humana reúne mensualmente.

La vida en el hogar resulta estrecha, angustiada: la anemia, portillo abierto á todas las enfermedades, habíase apoderado de Nico, de su mujer, de los hijos, ¡hasta del morrongo!, y cuando á uno le duele la cabeza al otro le salen unos granos malignos; y cuando el papá necesita hacerse un traje, la mamá no tiene zapatos, y la mayor no sale por falta de sombrero; y si se deben diez pesetas en la carbonería, son veinte las que hay que pagar en la tienda de comestibles.

Nico es un ferviente cristiano, y su resignación, propia de la santidad; no se rebela contra su suerte que le ha condenado á ser un burro de carga, mal comido, peor vestido, sin humor ni dinero para proporcionarse el más mínimo goce espiritual, ni corporalmente. ¡Con cuánto trabajo y amargura amasan su pan los infelices! ..

Nico, que es el hombre de las perpetuas preocupaciones, ofrécese á mis ojos en aquel día más absorto y melancólico que de costumbre.

Nico ha tenido un sueño espantoso, indescrutable, y aun cuando él—según me advierte—no es supersticioso, ni cree que los sueños pronostiquen ni representen nada, por originarlos las inquietudes morales, una mala digestión, la debilidad ó el desequilibrio orgánico del que duerme, tráele preocupado la infernal pesadilla, que de tal califica su sueño.

—Aunque te parezca mentira—me dice, con tono irónico, amargo, que trata de fingir alegre y despreocupado,—soy de los pocos españoles que han leído al Dante, y su *Divina Comedia* me ha producido en muchas estrofas el escalofrío del terror; que los tremendos castigos impuestos á los réprobos en la mansión donde, al entrar, se deja toda esperanza, descríbelos el altísimo poeta de tal forma que los pelos pónense de punta y la carne de gallina. Bueno, pues algo parecido á estas visiones dantescas es mi pesadilla. *Horresco referens!*

Nico se interrumpe un instante, como si reconcentrara su pensamiento, y prosigue:

—Á las tantas, y después de haberme pasado la noche, como todas, trabajando, me metí en la yacija matrimonial, quedándome al poco rato profundamente dormido.

Sueño con harta frecuencia, yo creo que debido á la flatulenta alimentación de judías y patatas, mi yantar cotidiano; sueños ridículos las más de las veces, que, al recordarlos, hacen sonreír por lo estrambóticos y disparatados. Pero el sueñecito de anoche es de los que obligan al soñador á despertar sobresaltado, á palpase el cuerpo, y preguntarse despavorido: «Pero ¿yo soy yo?», dejándole en el ánimo una depresión, una inquietud angustiadoras, y en el cuerpo un gran desfallecimiento.

Soñé que en compañía de un amigo ó un desconocido, no sé quién, caminaba por una carretera que conduce á un aerodromo; una riada de gente llenaba los lados: el centro servía para el mareante desfile de coches y automóviles, y todo el camino era polvo y humo, restallar de látigos, sonar de bocinas y olor insoportable á las esencias empleadas en los motores de los «autos».

Rendidos, aspeados, reseca las fauces, abrasados por un sol estival, mi compañero y yo llegamos á una amplia planicie, en cuyo centro, bamboleábase, á medio henchir, un enorme aeróstato.

Hacia éste convergían los ojos de los millares de espectadores que se hacían tras del vallado, ó cómodamente presenciaban el espectáculo desde las tribunas.

Yo también fijé la mirada en el globo, y como quien presencia algo inconcebible, inaudito, estuendo, que choca violentamente contra todo lo real y humano, lancé un grito de asombro, y, aterroriza-

do, quedéme con los ojos muy abiertos, respirando anheloso.

Como por arte mágica realizóse el prodigio causa de mi estupefacción; el aeróstato, bamboleante, grisiento, enorme, habíase trocado en una figura humana, que se cubría con espléndido manto de púrpura, constelado de piedras preciosas, y se tocaba con una diadema que refulgia como si fuera hecha con rayos de sol: deslumbrado por las irisaciones del manto y de la diadema, hube de apartar los ojos y llegó á lo indecible mi sorpresa al notar que habían desaparecido las tribunas, el vallado, la muchedumbre, y que me encontraba solo en la inmensidad de un campo árido, seco, color de siena.

El sol, hasta entonces radiante en un cielo azul puro, cambiósese en una fría rodaja de oro, circuída de nubarrones plomizos: la tierra parecía alumbrada, como un cadáver, por la amarillenta y tristonza luz de un cirio.

Azorado ante aquella penosa soledad, torné á mirar en torno mío, y mis ojos volvieron á encontrarse con la coruscante y majestuosa figura: continuaban los prodigios: la figura, empezó á henchirse, á engrandecer, á transformarse en una bola enorme, forrada de púrpura, constelada de diamantes, que, al recibir el beso desmayado de aquel sol mortecino, producía débiles irisaciones y como pudiera un globo, convenientemente insuflado, ascender por el espacio, así ascendía pausada, solemnemente el hombre bola. El pasmo por lo inaudito de todo cuanto ocurría en mi derredor, tenía me como clavado á la tierra; mi vista seguía la ascensión de aquel dislocado y grotesco personaje, que llegó á colocarse perpendicularmente al sitio que yo ocupaba, á tanta altura, que veíase como uno de esos globos rojos que sirven de juguete á los niños.

Contemplábale absorto, y sentí que sobre el ruín fieltro que cubría mi cabeza y sobre los hombros, me caían pedacitos de plomo, como si el que vagaba por el espacio arrojase lastre para ganar mayor altura.

El instinto de conservación me hizo recobrar la voluntad un momento en suspenso: eché á correr para librarme de aquella lluvia mortificadora. Pero la lluvia continuaba martirizando mi cuerpo.

Desatentado emprendí una carrera loca por aquel yermo árido, interminable, color de siena, campo maldito de desolación, sin un árbol, sin una brizna, sin una fuente. Implacable, ferozmente, continuaba la lluvia plúmbea que hería y magullaba mis carnes: horrorizado, queriendo salir de aquel desierto, librarme del plomo, redoblé la marcha, y

más de una y de dos veces, tropecé en aquella fatigante huída, y caí en tierra.

Magullado, dolorido, cubierto de un sudor frío, sintiendo flaquearme las piernas, rebosando el espíritu terror y amargura, corría, corría por la planicie sin fin, implorando de la Divina Providencia el milagro de que, á mis pies, se abriese una sima para sepultarme en ella y terminar el horroroso martirio.

La Providencia me hizo ver en la lejanía una tapia derruída, á la que asomaban las cónicas siluetas, unos altos cipreses... Aquella tapia y aquellos cipreses me infundieron la esperanza de salvarme, cuando ya, rendido á lo invencible, me disponía á sucumbir, tendiéndome sobre la dura tierra.

Más muerto que vivo, llegué al pie de la tapia: busqué modo de entrar por ella, y hallé una hendidura que me facilitó el paso á un paraje sombrío, silencioso, que limitaba un muro en ruinas cubierto por la yedra y por la maraña de las enredaderas. La maleza invadía la tierra, y sobre los jaramagos y ortigas destacaban, como enormes gotas de sangre, las amapolas; algunas de estas humildes florecillas posábanse sobre los negros brazos de las cruces de mádera que, á trechos, amparaban una tumba.

Al encontrarme en tal lugar, alcé los ojos al cielo, y no vi al hombre bola, ni sentí mis carnes flageladas por la lluvia de plomo.

Di un grito de alegría...

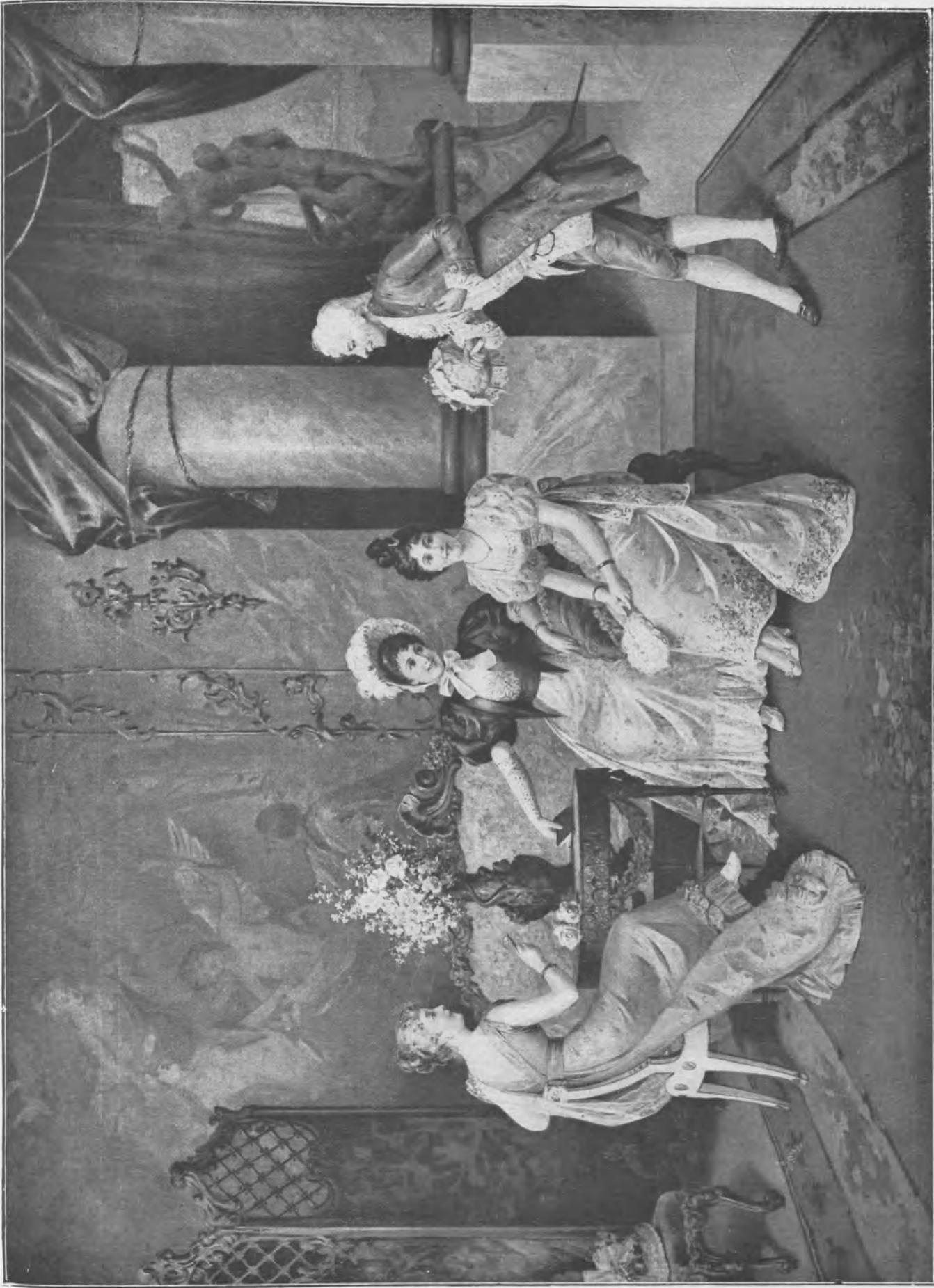
Á la temblorosa luz de la lamparilla, comprobé que me encontraba en la yacija matrimonial, junto á mi mujer, rodeado de mis hijuelos, que dormían plácidamente...

Abrió Nico una pausa en su emocionante relato, y, luego, con ansia mal disimulada, me preguntó:

—¿Qué enigma crees tú que encierra sueño tan peregrino?... Porque yo, por más que trato de descifrarlo, no lo logro. Y esto me trae caviloso, preocupado, porque, aparte supersticiones, creo que algo representa...

—Si representa, Nico —afirmé interrumpiéndole,— y no hay que ser mago, ni consultar libros sibilinos, para descifrar lo que tú llamas enigma, y que no es ni más ni menos que has soñado tu propia vida. Ese desatentado correr por un campo árido, ese fastuoso é inconcebible hombre globo, que arroja, cruel y tenazmente, lluvia de plomo, ¿no es acaso para tí, como para otros millones de seres, el caminar por el mundo, bajo la influencia del Destino adverso, que sólo se detiene en el lugar en que se alzan cipreses y cruces negras, la mansión, en fin, del Eterno Sueño, del Eterno Descanso?...

ALEJANDRO LARRUBIERA



EL CORAZÓN ES SIEMPRE JOVEN

Cuadro de Perfoglia.



COLOQUIO AMOROSO

Cuadro de Emilio Sala.

Fot.ª de Rivero.



LA COMBA

Cuadro de Emilio Sala.

Fot.ª de Rivero.

LA CUNA VACÍA

I

La dulce princesa de un reino de Oriente
Llevaba en el surco marcado en su frente
La huella profunda de oculto dolor:
Doncellas y pajes, con ánimo inquieto,
En vano intentaban saber su secreto;
Secreto, sin duda, de males de amor.

¿Por quién llorar puede la hermosa princesa?
¿Por qué la corona le irrita y le pesa?
¿Por qué su hermosura no quiere adornar,
Ni apenas recoge, como antes solía,
Los rubios cabellos, cual hebras del día
Que bajan humildes sus pies á besar?

Sus ojos azules, tan fristes ahora,
No tienen, como antes, destellos de aurora;
Tristeza de ocaso su luz empañó.
¿Qué oculta en su pecho, de amores morada,
La rubia princesa, la rosa tronchada?...
¡Tronchada y apenas sus hojas abrió!

II

Vagaba una tarde florida y serena
La pálida virgen, la blanca azucena,
Mirando á las olas la playa bordar...
Del sol á los vivos ponientes reflejos,
Su vista buscaba muy lejos, muy lejos...
Allá, donde se unen el Cielo y el Mar.

Sondaba afanosa la azul lejanía,
Buscando algo en ella que no descubría,
Tal vez de la niebla perdido en el tul...
Sus ojos, ansiando rasgar ese velo,
Decir parecían al agua y al cielo:
«Miradnos despacio; copiad nuestro azul.»

Un paje al mirarla, su paje querido,
Sin duda el más bello y el más atrevido,
Se acerca á la hermosa princesa ideal;
Con gesto gracioso saluda y se inclina,
Y así le pregunta con voz argentina:
—¿Qué tienes, Señora? ¿Quién causa tu mal?

Yo sé muchos cuentos y trovas de amores;
Sé historias de ninfas, de guerras, de flores,
Que son en las penas de extraña virtud.
¿Cuál de ellas te canto? Mi voz vibra y besa.
Por darte consuelo, mi dulce princesa,
Los dedos y el alma pondré en el laúd.

—No cantes, mi paje; tus trovas no quiero.
—¿Qué anhelas entonces?—Que venga el que espero,—
La rubia princesa responde al doncel.—
Le estoy aguardando de noche y de día,
Y el Hada me dijo que no tardaría...
La vida y el trono me sobran sin él.

De pronto un objeto, rompiendo la bruma
Y envuelto en un nimbo de luz y de espuma,
Se vió de las olas surgir y avanzar.
La niña dió un grito.—¡Por fin! ¡Es mi amador!
Y un carro de nácar, por cisnes tirado,
Con rumbo á la orilla flotó sobre el Mar.

Y él era. Llegaba gallardo, arrogante,
Ceñidas las sienes por blanco turbante,
Sediento de goces, rendido de amor;
Mostrando sus galas, su porte sereno,
Su noble apostura, su rostro moreno,
Sus ojos rasgados de ardiente fulgor.

—¡Por Dios, que tardaste!—gimió la doncella.
—¡Mi bien!—dijo el mozo, corriendo hacia ella
Apenas la playa tocó su bajel.
Después... ¿quién describe tan hondo embeleso?
Fué un soplo, un instante, lo breve de un beso...
¡De un beso y dos almas prendidas en él!

Al día siguiente los tiernos esposos
De Dios ante el ara llegaron dichosos,
Fundiendo dos vidas un mismo crisol;
Y unieronse en lazo de amor verdadero
La rubia princesa y el joven guerrero
Venido sin duda del reino del Sol.

Llevaba el mancebo rizada gorguera,
Y un casco de plata con larga cimera
Y un manto bordado, color carmesí;
La niña con perlas trenzado el cabello,
Y en hilos de aljófar, pendiente del cuello,
Rival de sus labios, un claro rubí.

¡Cuán noble en su dicha la amante pareja!
Los grandes felices y el pueblo sin queja,
Todo era ventura del trono en redor;
Y más cuando uniendo tesoro á tesoro,
Con un bello infante, más rubio que el oro,
Feliz heredero dió al reino su amor.

Jamás fué la suerte más plena y brillante.
Las hadas vertieron en torno al infante
Riquezas y honores y gloria y poder.
La dicha perfecta se da en esta vida,
Porque ambos esposos la vieron cumplida
Meciendo la cuna del sér de su sér.

III

¿Qué tiene la dulce princesa de Oriente?
De nuevo los surcos que marcan su frente
Las huellas delatan de oculto pesar.
¿Qué tiene el esposo tan bello y amado,
Gentil mensajero de un reino ignorado,
Que en carro de cisnes llegó por el Mar?

—
La hermosa no lleva brillantes al cuello,
Ni trenza con perlas el rubio cabello,
Ni en hilos de aljófara ostenta el rubí;
Su amante no luce la blanca gorguera,
Ni el casco de plata con larga cimera
Ni el manto bordado color carmesí.

¿Qué tienen, que lloran? La dócil fortuna
¿No es siempre su esclava? ¿Del hijo la cuna
No pueden felices mirar y mecer?
Meciéndola pasan la noche y el día...
Pero ¡ay! ya no encierra la cuna vacía
Los tiernos hechizos del sér de su sér.

—
Ya el arca no guarda su antiguo tesoro:
Perdieron al ángel más rubio que el oro,
Que huyó de sus brazos y huyó de su amor...
Meciendo esa cuna—la luz de su nido—
No mecen y arrullan al ángel perdido,
Que mecen y arrullan su propio dolor..

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



NO HAY ROSA SIN ESPINAS

Cuadro de Carlos Vázquez.



— El anochecer.